

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1040

LAS MISIONES CATÓLICAS

Precios de subscripción	Se publica el 15 de cada mes	Advertencias
<p>ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas. EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.</p>	<p>Año VII.—Lunes, 15 Mayo 1899.—N.º 149</p>	<p>No se admite subscripción por menos de un semestre. El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.</p>

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona



JUNIO

JAPÓN.—TIPOS AINOS: HOMBRE Y MUJERES

Fotografía remitida por el R. P. Riland. (Pág. 110)

1899
242



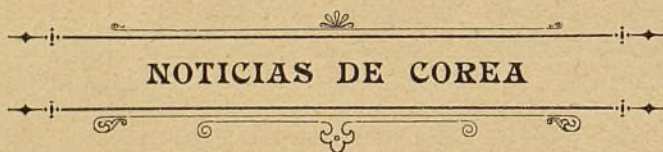
Ayuntamiento de Madrid



Texto.—NOTICIAS DE COREA.—CORRESPONDENCIA: *Kokura-Buzen-Japón*; *Últimas noticias de Su-tchuen*.—LOS PIGMEOS, por el Ilmo. Le Roy.—UN CELOSO MISIONERO, UN SABIO EMINENTE Y UN GRAN PATRIOTA: Biografía del P. Agustín M. de Castro, agustino (continuación).—UN VERANO EN EL JAPÓN BOREAL (continuación).—RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKÍN.—VARIEDADES: Tradiciones filipinas.—BIBLIOGRAFÍA.—SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.

Grabados.—JAPÓN: Tipos ainos: Hombre y mujeres.—JAPÓN: El P. Claudio Ferrand y algunos de sus discípulos.—JAPÓN: Vista del puerto y ciudad de Merorán.—LA PROCESIÓN DEL CORPUS.—JAPÓN: Choza de ainos en la isla de Yeso.—JAPÓN: Aspecto de los jardines públicos de Hakodaté durante el invierno.—Ilustraciones de la novela *El Cruzado*.

CON LICENCIA ECLESIASTICA



La Agencia Havas publicó hace algún tiempo el siguiente despacho:

Yokohama, 9 de Abril.

Ha sido destruida una Misión católica francesa en Chun-Chong, Corea. Fué hecho prisionero un sacerdote. Ignórase su suerte. Salieron fuerzas coreanas para el teatro de estos sucesos.

Consultado sobre cuanto afirma el antecedente telegrama, el R. P. Superior del Seminario de Misiones Extranjeras de París contesta:

En el Seminario no se ha recibido nada absolutamente que confirme el despacho referente á Corea publicado en los periódicos. Además, entre las cristianidades coreanas no recordamos ninguna llamada «Chun-Chong.»



KOKURA-BUZEN-JAPÓN

Con fecha 15 Febrero escribenos desde Kokura el Rdo. P. Claudio Ferrand, misionero apostólico, la siguiente interesante carta, que muy de veras recomendamos á nuestros lectores por ser de grandísima trascendencia para la conversión del Japón, el plan que dicho Padre en esta carta expone.

ALIENTA en mi alma un amor grande, muy grande, á la juventud japonesa. Graciosos, amables, reflejándose en sus brillantes ojos negros los sueños de su imaginación oriental, fuertes y ágiles, de viva inteligencia, están dotados además de un espíritu cu-

rioso, investigador, de una sed insaciable de saber y de un corazón sencillo, amable, generoso.

Estas bellas cualidades háceles amables á todo corazón, pero este amor tortura el alma del misionero al ver que dicha juventud, henchida de las más encantadoras esperanzas, viene á ser presa inconsciente de letal veneno, cuyo soplo maldito atormenta y seca su alma, mancha y despedaza su corazón, que en su ruina deshace todas las cualidades naturales que le adornaban.

Este hálito ponzoñoso, este veneno letal que profana y destruye la obra de Dios en el joven japonés, es la educación ficticia, sin moral, sin amor, la llamada *educación pagana*. A su influjo desaparecen todos los encantos de que vi rodeado al pobre joven, marchitase y muere su clara inteligencia, negras nubes obscurecen los azules horizontes llenos de esperanzas en flor por donde volaba su alma feliz, y encerrándose en un círculo estrecho, mezquino, cámbiase su natural generosidad en fiero egoísmo, su bondad y franqueza en malicia y felonía. Y por la natural sucesión de los hechos veo al pueblo japonés destinado á progresar, á subir, á realizar un gran papel en el mundo civilizado, caer, hasta arrastrarse por los suelos, cual cae el águila infeliz cuando el plomo de certero cazador despedaza sus alas potentes.

Es el joven japonés espléndida flor dotada de suave perfume, encantador capullo que languidece antes de lucir sus galas, flor que se deshoja antes de mostrar al mundo los encantos de su hermosura. Fáltale una tierra preparada y fértil, la tierra de la educación cristiana; faltale un rocío que cada día vivifique su alma, el rocío de la gracia; faltanle las tiernas y maternales cuidados de la Iglesia; faltale, finalmente, la luz pura, clara, fija, que emana de la cruz del Redentor.

Y es el más hermoso de mis sueños, la más amada de mis esperanzas, enriquecer con todos estos dones á la por mí tan amada juventud japonesa. Sueño en seguir combatiendo con todas mis fuerzas y detenerla en la carrera fatal que ha de precipitarla al fondo del abismo, donde zozobran para siempre los pueblos. Sueño en darla á la Iglesia y en conducirla por el camino de la educación cristiana hasta la cumbre de la montaña, donde iluminados por la blanca y pura luz del Cristianismo, puedan desarrollar sin obstáculo las hermosas cualidades con que la dotara la divina Providencia.

Convertir la juventud japonesa para así convertir todo el Japón, dar á la juventud japonesa la educación cristiana, que es germen de grandes naciones, ved aquí el fin al cual todas mis ideas tienden, la más hermosa de todas mis esperanzas; ved aquí la dicha á la cual he consagrado mi existencia entera, y por la cual suplico vuestro concurso, lectores de *Las Misiones Católicas*, y el de toda la católica y generosa España.

Para conseguir el propuesto fin, expongo á continuación el plan que vengo adoptando:

1.º Elijo muchos jóvenes de superior inteligencia, no viciados aún por la mala educación. Los adapto por un período de cinco años, colocándoles á mi alrededor.

2.º Todos estos jóvenes son paganos. Con un estudio serio y profundo de la Religión católica les preparo para recibir el Bautismo, y consigo hacer de ellos ca-

tólicos firmes capaces de resistir todos los asaltos del enemigo. Formo su corazón en la práctica de las virtudes cristianas, y procuro encender en su alma la ardiente llama del apostolado.

3.º Oblígoles á seguir los cursos regulares de las escuelas del Estado, único medio para labrarse un brillante porvenir. Algunos estudios complementarios, enseñanles los principales conocimientos que forman la base de la instrucción europea: impúlsoles al trabajo y logro verles convertidos en verdaderos sabios.

4.º Pasados los cinco años cada uno de ellos emprende la carrera oficial que mejor satisface sus gustos y aptitudes. Unos ingresan en el ejército buscando adquirir alta graduación, otros siguen la magistratura, estos forman parte del cuerpo administrativo, aquéllos de la enseñanza. Todos van á ocupar su sitio en las clases directoras de la sociedad, desde el cual, nuevos apóstoles, esparcen por todas partes la vivificadora savia del Cristianismo y de la civilización, que durante cinco años infiltro en su alma.

5.º Y cuando todos estos jóvenes han contraído matrimonio, elijo otros y vuelvo á emprender mi tarea. Y así sucesivamente cada cinco años, hasta que venga la muerte y ceda á otro la plaza que hoy ocupo.

Los católicos ricos de Europa adoptan á estos jóvenes, los cuales al ser bautizados reciben el nombre que sus bienhechores desean: además cada semestre se les remite un boletín indicando los progresos de su ahijado.

La pensión de un joven importa 25 francos mensuales ó sea 300 francos al año, lo cual hace un total de 1,500 francos para los cinco años que dura su completa educación.

Tengo la firme esperanza de que los católicos españoles me ayudarán á proseguir mi obra, que contribuirán con sus limosnas á convertir el Japón al Cristianismo, por la juventud y con la juventud (1).

ÚLTIMAS NOTICIAS DE SU-TCHUEN

El R. P. Cottin, director del Seminario de Misiones Extranjeras de París, nos remite dos cartas: una del Ilmo. Chouvellón, fechada el 11 de Febrero, y otra del P. Pontrianne, del 23 del mismo mes.

En la primera el ilustre vicario apostólico del Su-tchuen oriental da cuenta del asesinato del sacerdote indígena Jerónimo Hoang, y se felicita por haber solemnemente recibido en la catedral de Tchong-kui, el 23 de Enero, al P. Fleury, de cuya larga prisión y libertad dimos cuenta en el n.º 146 de *Las Misiones Católicas*.

Al tratar de la situación actual, el Ilmo Chouvellón afirma que continua siendo igual ó tal vez peor que la descrita en cartas posteriores.

Las partidas de bandoleros, capitaneadas por otros jefes, continúan sus desmanes; las alarmas y robos sucedense casi sin interrupción, y hace pocos días fué incendiada la capilla de Kong-Fong-Tchang, distante nueve leguas de Tchong-Kin. Todas las semanas son varias las familias católicas á las que roban cuanto poseen ó expulsan del lugar donde pacíficamente vivían.

(1) Las limosnas pueden remitirse á la Administración de *Las Misiones Católicas*, Pino, 5, Barcelona, ó directamente al R. Padre Claudio Ferrand, misionero apostólico: Kokura-Buzen-Japón.

En tanto dure la agitación actual es imposible reparar á los que entre nosotros buscaron refugio; y sin embargo, es también imposible albergar indefinidamente diez mil perseguidos: ¿les dejaremos morir de hambre?

A las reclamaciones presentadas en Tchen-Tou ó en Pekín contestan invariablemente: «Las Autoridades locales tienen orden de volver los cristianos á sus casas.» Pero en realidad la orden es perseguir, molestar, cansar al pueblo fiel, impulsándole á la apostasía, y así impedir por largo tiempo nuevas conversiones.

Los Religiosos luchan con todas sus fuerzas para contener los progresos del mal. El P. Derouin, invitado por el mandarín á trasladar su residencia á la ciudad, para ponerse á cubierto de cualquier golpe de mano, contestó que quería compartir la suerte de sus queridos cristianos: de esta manera el mandarín vese más obligado á mantener el orden por todas partes. El P. Luis y el P. Roulland hace pocos días que, gracias á su energía y presencia de ánimo, lograron escapar de manos de los bandidos. Es general el rumor de que Yu-Man-tse, nombrado coronel, será encargado de restablecer el orden en la provincia. Convertido el lobo en pastor, las ovejas estarán mejor guardadas. ¡Rogad y pedid que rueguen por nosotros!

El Ilmo. Chouvellón, en carta posterior dirigida á un hermano suyo, dice:

¿Cómo saldremos de tantos peligros? Sólo Dios lo sabe. Desprovistos de humano recurso ciframos nuestras esperanzas en Dios, que todo lo dispone para bien de las almas. Firmemente convencido de esta verdad, que da al alma dulce consuelo, continuamos luchando con vigor cual si siempre debiéramos vivir: *Quasi mortui sed semper viventes*. En todo tiempo ha habido y habrá más apóstoles que mártires. Tuvimos que ensanchar el colegio francés: llegó el médico enviado por el Gobierno de Francia, y á la mayor brevedad echaremos los cimientos de un hospital á la europea (si Dios nos da vida y nos ayudan las almas buenas). No te olvides de encomendar nuestra obra y el porvenir de esta Misión á las oraciones y caridad de los católicos.

Henchido el corazón de confianza en Dios, defendemos hasta exhalar el último suspiro los intereses del Catolicismo y el honor de nuestra querida patria.

CARTA DEL P. PONTRIANNE PROVICARIO DEL SU-TCHUEN OCCIDENTAL

27 Febrero 1899.

El día 28 de Enero á las nueve de la noche, el P. Tomás Lilón fué cogido y asesinado en su capilla-residencia de Ché-Pân-Hô. Su cuerpo fué horriblemente profanado.

Este sacerdote indígena, que contaba 47 años de edad, era natural de Sin-Tien-Tse, subprefectura de Sin-Tou, y pertenecía á una excelente familia cristiana. Su padre, nombrado hacía muchos años jefe de la cristiandad de Sin-Tien-Tse por el Ilmo. Pottier, era

un hombre recto, sencillo y de acrisolada virtud, y tuvo la alegría de asistir á la primera Misa de su primogénito el P. Tomás. Poco tiempo después este excelente catequista moría víctima de un ataque de apoplejía fulminante.

El P. Tomás Lieou, habiendo permanecido largos años en el gran Seminario, fué elegido para regir el importante distrito de Krong-Tcheou, nombrándole después el Ilmo. Pinchou superior del pequeño Seminario.

Necesitaba el Ilmo. Dunand un hombre de grandes cualidades para el distrito de Mien-Tcheou, y llamó al celoso Padre, quien pasó acto seguido á desempeñar el nuevo cargo, donde el martirio debía coronar su corta pero brillante carrera.

¡Ojalá sea su sangre la última que humedezca esta tierra!

La situación empeora cada día. Los cristianos sacados y arrojados de su país no pueden regresar á él. ¡Pedid, pedid al Señor nos conceda el beneficio de la paz!

LOS PIGMEOS

POR EL ILMO. LE ROY

OBISPO DE ALINDA, VICARIO APOSTÓLICO DE GABÓN, SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

III.—DISPERSIÓN DE LOS NEGRILLOS AFRICANOS

Los pigmeos de Pompilio Mela, de Nonnosus y del P. León de los Avanchers.—Los *bonis* del país galla (Djuba, Pokomo, Sabaki, etc.), observaciones personales.—En Tanganyika.—Al Sud de la Etiopía.—En el Kilima-Ndjaró.—Entre los Massai.—Negrillos del lago del alto Congo.—En Angola.

EN un corto pasaje, que cita y discute M. de Quatrefages (1), Pomponio Mela afirma vivían sobre el golfo arábigo, más lejos, en el interior de las tierras, los pigmeos, raza de hombres muy pequeños que se extinguió en las luchas continuas que debió sostener con las grullas para conservar las frutas (2).

El sabio profesor del Museo cree que la zona indicada frente «una pequeña bahía del Mar Rojo,» bahía que debe ser la de Moscha ó la de Tadjoura, corresponde á la comarca de Harrar. En esta dirección, en una isla (trescientas sesenta y cinco existen entre Kisimayu y Lamu, excluyendo las del golfo Aden y las del Mar Rojo) es donde Nonnosus, embajador de Justiniano, vió la raza pequeña de que nos ha dejado la exacta descripción que conocemos.

En este mismo país, algo más al interior, es donde en nuestros días el P. León de los Avanchers coloca á los *wa-mbilikimo*, y según datos recogidos anteriormente por M. A. d'Abbadie, también en él habitan los «Ma-

llas ó Mazé-Malléas,» altos de 1'50 metro. Krapf, Harriset y Hartmann, afirman viven en él los «dokos» del Schoa y de Kaffa (1). Y añade M. de Quatrefages: «Todo parece indicar la existencia al Sur de los Gallas, de varias tribus negras de baja estatura.»

Lógica es en efecto la antecedente conclusión, y el año 1887, hallándome en Malindi, la Mélinde de las antiguas cartas europeas, tuve ocasión de ver por vez primera un curioso representante de la interesante raza que nos ocupa. Unos mercaderes árabes traíanlo de muy lejanas tierras del interior, de un país que parecióme debía hallarse al Sud de la Etiopía, y lo guardaban en su compañía como curiosidad, muestra, recuerdo... y como esclavo: era un «*m-mbilikimo*,» pero en su presencia nadie repetía esta palabra por temor de ofenderle. Gordo, pequeño, de color cobrizo, mostrábase orgulloso de verse admirado como cosa rara, y contestó á mis indiscretas preguntas diciendo haber olvidado todo cuanto á su país, á sus parientes y á él se refería.

Por este tiempo realicé una corta excursión por los alrededores, recorriendo las fuentes y orillas del Sabaki. Hallé dos ó tres campamentos de *bonis*, de talla mayor que la de los pigmeos de Malindi, y nunca he logrado olvidar la insistencia y desvergüenza con que su jefe Gallo-Gallo ejercía sus *derechos* de mendicidad. Algún tiempo después con el Ilmo. de Courmont, vicario apostólico del Zanguebar, cuyo compañero de viaje y apostolado tuve el honor de ser muy largo tiempo, remonté las orillas poco menos que inexploradas del citado río Sabaki, llegando después de tres días de penosa marcha á Côte, numeroso centro de esta tribu. Dispensáronnos favorable acogida. Algunos de estos indígenas habían empezado á cultivar la tierra y excusábanse de esta ocupación, pues la de todos los demás era, como siempre, la caza. Continuando la marcha hallamos un villorrio de indígenas del Nyika, y entrando en él observamos que empezaban á escasear las provisiones, por lo cual alegrámonos también del fausto acontecimiento que sus habitantes los *bonis* celebraban. Con envenenadas flechas acababan de matar un enorme búfalo, del cual tomamos no pequeña parte para nosotros y para los hombres que nos acompañaban.

Algún tiempo después resolví recorrer por tierra, acompañado de algunos indígenas, la distancia que separa Malindi de Mombassa, para escoger lugar oportuno para el establecimiento de una Misión. El segundo día de marcha perdimos el camino en la inmensa floresta de Sokoke, por haber tomado por bueno uno que lo era de elefantes. Después de doce horas de marcha, de lucha, de hambre, de sed y de fundados temores, tuvimos la buena suerte de encontrar un estrecho sendero cubierto de cepos, que guiónos por el interior del bosque á un pintoresco campamento de *bonis*: fué en él donde recogí los mejores y más curiosos detalles de la vida y creencias de los negrillos.

El mes de Noviembre del año 1889 emprendí con el Ilmo. de Courmont nuevo viaje apostólico, por el curso

(1) *Les Pygmées*, p. 16.

(2) «Fuere interius Pygmæi, minutum genus, ei quod pro satis pugibus contra grues dimicando deficit.» *Pomponius Mela, De chorographia*, III, 18.

(1) Hartmann: *Les peuples de l'Afrique*, trad. franc., p. 58.



JAPÓN.—El P. Claudio Ferrand y algunos de sus discípulos
(Pág. 98)

inferior del Sabaki, Lamu y sus alrededores, el Sud de la tierra de los Somalis, el río Ori y las fuentes del Tana ó Pokomo, río que nace al pie de los montes Kénia, coronados de nieves eternas á pesar de hallarse en el Ecuador (1). Los bonis pueblan esta región, y durante el viaje los encontramos con frecuencia oyéndolos llamar *Wa-boni* por los indígenas del Bas-Tana, *Walangu* por los Wa-nyika, *Wa-dahalo* por los Somalis, *Ma-nyolé* por los habitantes del curso superior del Tana, y finalmente *Wa-sanyé* y *Wa-twa*, nombres primitivos con que los llaman los Swahilis.

Los dos últimos nombres tienen excepcional interés, por ser los de otros tantos grupos errantes separados del resto de la familia, y dispersos por todo el continente africano. Fácil será, pues, comprender cuán vivamente me interesó y complacíame la carta que recibí el siguiente año y que copio á continuación, escrita por un excelente amigo, el P. Guillemé, misionero de Tan-ganyika.

Mpala, Noviembre 1891.

... «Leí con vivo interés cuanto en el publicado relato refiérese á los Wa-boni, pueblos nómadas conocidos con diversos nombres, siendo el más general el de *Wa-twa*. Con matemática precisión describís su manera de ser, sus costumbres, etc. Lo que me mueve á escribir la presente es el deseo de comunicaros que en esta región hemos hecho observaciones iguales á las vuestras. Pueblos errantes, nómadas, etc., etc., lo mismo exactamente que decís en vuestro estudio, todo puede aplicárseles, y además llámanse también *Wa-twa*. No tienen pueblos, ni campos; viven de los productos de la caza y de miel.

(1) La relación de este viaje publicóse en *Las Misiones Católicas españolas* el año 1894. Posteriormente y con el título de *Sur terre et sur l'eau*, lo ha publicado la casa Mame de Tours.

«Estas tribus ó familias nómadas encuéntranse desde el Sud del bajo Tanganyika hasta el Norte del mismo, entre Tanganyika y el Nyanza (esta última afirmación no la he comprobado personalmente). Os escribo con el deseo de ayudaros en vuestras investigaciones etnológicas, pues posible es que cuanto lleváis publicado sea el principio de interesantes estudios.»

Por lo que se refiere al otro nombre *Wa-Sanyé*, que conservan las poblaciones nómadas del Tana, fácil es observar su analogía con el de *Sán*, dado por los Hotentotes á los Bushmen de orillas del Orange: en el último la prefija y la final han desaparecido, compensándose la pérdida de ésta alargando la vocal *a*.

Estos indicios y muchos otros habían despertado mi primitivo ardor. Hallábame en Mombassa el año 1893, cuando un día ví llegar una expedición de mercaderes somalis, suceso extraordinario por lo raro. Cinco años antes habían salido de Barana dirigiéndose á los límites meridionales del Harrar, habían recorrido Kaffa y pasado por el Sud de la Etiopía: al salir de ésta visitaron los lagos Rodolfo y Stefanía, recientemente descubiertos por el conde Teleki, regresando á Côte después de cruzar el país massai hasta Mombassa. Diéronme muchos é interesantes detalles de los países por ellos visitados, añadieron haber hallado un desconocido y muy grande lago, origen de un río que corre hacia el Norte, y hombres de corta talla que viven de la caza como los bonis, y afirmando que en este lado de la Etiopía y en el nacimiento del Djula vivían los Gallas que llevan la cruz como signo religioso, cultivan trigo y café y crían vacas y caballos. En pocos días fuimos amigos, conviniendo que el próximo año ellos me servirían de guías y compañeros de viaje. Juntos debíamos salir de Barawa, y sentados á espaldas de camellos viajar de noche y disfrazados, para evitar que nos robasen y asesinaran sus fanáticos compatriotas, los musulmanes de Somai. Llegaríamos hasta el Djula, distante siete ú ocho días de Côte, y allí encontraríamos los primeros Gallas, fin principal del proyectado viaje.

¡El año próximo había regresado á Francia, y allí vivía lejos, muy lejos de Barawa, de los camellos y de los Gallas!

Con vivísimo interés leí después de algún tiempo la relación del feliz viaje que por aquellas regiones acababa de realizar Mr. Donaldson Smith. Salió durante el verano de 1893, y regresó á fines del año 1895, habiendo descubierto un caudaloso río que nace del lago Stefanía, y visto entre otras interesantes tribus formada por gente «cuya talla no excedía de cinco pies.» Los Somalis no me habían engañado.

De los datos expuestos dedúcese que existieron y aun hoy existen en esta parte del Africa Oriental, en contacto con los Borana Galla, los Somalis y algunas tribus *bantu* del Pokomo y del Nyika, restos numerosos de la interesante raza de los negrillos.

¿Hállanse también más al Sud, en Zanzíbar, Kilwa y el Nyassa? Durante los doce años que habité en esta región ni una sola vez oí nombrarlas. Sin embargo,

en 1848 Krapf, fundado en las afirmaciones de su guía, señala los *Wa-mbilikimo* en el U-seri en la vertiente oriental del Kilima-Ndjaru. «Miden tres pies y medio ó cuatro pies de altura; sus largos cabellos caen sueltos sobre los hombros; cambian hierro por chucherías de vidrio.»

Al hablar del país masai dice Eliseo Reclus:

«Además de los Bantu créese pueblan las regiones montañosas forestales y las formadas por aluvión, otros hombres descendientes de las razas primitivas: tales serían los *Aka*, que viven en los bosques entre las montañas de Ousambara y de Paré, y los *Oua-Silikimo* ó «enanos», que dicesen vagan errantes al Oeste del Kilimo-Ndjaru: hasta la fecha ningún viajero los ha visitado, y su existencia como raza distinta es dudosa (1).»

Equivocado, al parecer por error de imprenta, es el nombre de los *Oua-Silikimo*: refiérese á los famosos *Wa-mbili-kuno* del P. León. Los *Ala* figuran en la carta de Ravenstein, en el mismo lugar que les señala Reclus. En el viaje que hice al Kilimo-Ndjaru y á Sambara, Paré y Massai (1891), procuré por cuantos medios tuve á mi alcance descubrir esta raza desconocida. No pude hallar el menor indicio de su existencia, lo cual hízome suponer que tal vez debía referirse á los *Aka*... ó á algún otro pueblo. Al pie de las montañas de Paré y en toda la tierra massai existe una raza nómada llamada *Wa-ndorobo*. No son enanos, pero su vida, sus costumbres y sus tradiciones tienen grandes analogías con las de los negrillos. Tuve ocasión de verlos, y al citarlos no me ocurre mejor medio para darles á conocer, que copiar el párrafo que á ellos se refiere en la relación de mi viaje publicado hace algún tiempo (2).

«El pueblo Ndorobo que visité estaba formado por unas veinte chozas de paja, pequeñas, miserables, distribuidas sin orden entre las rocas, y protegidas por débil cerca formada por troncos de árboles. Esta tribu no pertenece á la familia de los Banteu; son de distinto tipo, alto talle, miembros flacos, cabeza alargada y regular. Son negros, tienen el cabello rizado, pintan de rojo su cuerpo, embadúrnalo de grasa y vístense de pieles: son los ilotes de los Massai, cuya lengua hablan, del mismo modo que los Bonis lo son de los Gallas. Sus señores prohíben la crianza de rebaños y el uso de la lanza. Armados de grandes arcos y flechas envenenadas, viven de la caza, y á ellos principalmente deben los massai cuanto marfil poseen. Dispersos en pequeños grupos en la parte meridional, encuéntrase numerosos y potentes más hacia al Norte en las occidentadas tierras del Maou, al otro lado del lago Daringo y á la falda del Kenya.

«Fuimos muy bien recibidos, nos parecieron amables, tristes y resignados; proponían cuestiones y hacían demandas que probaban la extremada sencillez de su alma. Pero ¡qué olor tan insoportable! La grasa que cubre sus altos cuerpos, los alimentos que conservan hacinados, los huesos esparcidos por el suelo y los restos de intestinos que se disputan dos perros rojos... Venid,

salíos de Europa, veréis la representación viva, fiel y gratuita de un campamento prehistórico...»

Si pasamos del Africa Oriental á la del Norte y del Centro, el primer grupo de negrillos que en la actualidad encontraremos es el que Schweinfurth descubrió en el país de los Membutu, en los fuertes del Wellé ó del Congo. Cuanto se ha escrito referente á los Akkas ó mejor A-Kwa, como ellos mismos se nombran, ó Tiki-Tiki, como los llaman sus vecinos del Norte, merece ser estudiado con la mayor atención, pues el Dr. Schweinfurth es ciertamente uno de los europeos que ha tratado del Africa con mayor discernimiento, método, ciencia y sinceridad.

El centro de población por él descubierto entre los Momvu en las fuentes del Nepok, afluente del Ituri (1) debía ser de los más considerables, pues hallándose en Munza vió un día «muchos centenares de guerreros akka capitaneados por un jefe vecino, Memmeri, del cual eran tributarios (2).

Al lado de éstos, entre los ríos Ngeyu y Ituri deben colocarse los *Wa-mbuti* de Stanley: «nómadas de muy corta talla, esparcidos entre los Balesé, y conocidos con los nombres de *Ba-twa*, *Akura* y *Bazungu* (3).» Fijándonos en los tres citados nombres, diremos que *Ba-twa* y *A-kwa* son los verdaderos; *Wa-mbuti* viene quizás del verbo *buta*, buscar, y *Bazungu* del verbo *zunga* y *zunguka*, vagar, siendo entonces su verdadero significado los buscadores, los vagabundos.

Estos enanos fueron hallados posteriormente en los alrededores del Ituri en un establecimiento del Estado independiente, por Mauricio Versepuy, de Romans y Sporek, intrépidos viajeros que han hecho en dirección contraria la última travesía de Stanley por el Continente negro, sin que nadie haya hablado de su atrevida empresa.

Numerosos son también los negrillos Stanley-Falls que hallamos al Sud Oeste del Victoria-Nyanza, á la sombra de los montes de la Luna y tal vez en toda la inmensa floresta ecuatorial que cubre esta región, y de ella pasamos casi sin solución de continuidad á los que habitan en las orillas del Congo superior, reconocidos por el P. Guillemé y cuya presencia en este lugar, si bien algo más abajo, señala también el mayor Serpa-Pinto, llamándoles *Mucassegueré* (4).

Algún tiempo después el R. P. Antunes hallólos en el país que pueblan los Amboellas entre Kassai y Zambeze, y los describe diciendo que son extremadamente tímidos, viven en los bosques alimentándose de bayas, frutas, raíces y caza. No construyen chozas, y sostienen escaso comercio de cambio con los Amboellas, dándoles cera y marfil.

Recientemente el P. E. Lecomte, prefecto apostólico de Benguella, trata de ellos y dice tienen la cabeza es-

(1) *Ituri*, nombre que recibe el curso superior del *Aruimi*, afluente del Congo.

(2) Schweinfurth. *Au cœur de l'Afrique*, II, p. 115.

(3) Stanley, *Dans les ténèbres de l'Afrique*, II, p. 92.

(4) En realidad *Mu-Kasékéré*, pl. *Ba-Kasékéré*, es decir, los pequeños Sékérés ó Sékélés.

(1) E. Reclus. *Nouvelle Géographie Universelle*, XIII, p. 790.

(2) *Au Kilima-Ndjaru* (casa Sanard. París), p. 400.

férica, ojos, orejas y piés pequeños, labios relativamente finos, pómulos salientes y nariz horriblemente chata.

Su talla varía entre 1'20 y 1'50 metro.

Tienen el cabello rizado y espeso, la piel sucia, arrugada y de color parecido al de la cera amarilla.

Rara vez mézclanse con otras tribus. Todas los miran con desprecio no exento de supersticioso temor... Hallábase un día el P. Lecomte en un pueblo, y viéndose como maltrataban á un pobre niño esclavo lo rescató. Acto seguido el expropietario hízole la siguiente proposición:

—Ya que pagas los niños á tan subido precio, ¿quieres comprarme otros?

—¿Tienes muchos para vender?

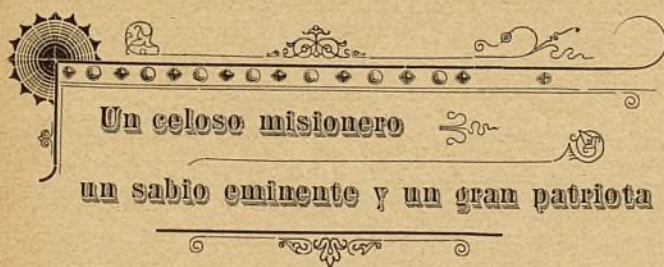
—No, pero buscaría y...

—¡Desgraciado! ¿Quieres robar niños para vendérmelos?

—No. Los que te vendería no pertenecen á nadie. Son unos hombres muy pequeños que corren por todas partes, encarámanse en los árboles y roban la miel que nos pertenece, son grandes bribones. ¿Quieres comprar?

«Así, añade el P. Lecomte, fué como conocí los *teheles*».

(Se continuará).



Biografía del P. Agustín María de Castro, agustino

(Continuación)

CON tan pocos pertrechos se habían atrincherado en nuestro convento é iglesia de Bulacán, esperando la llegada de los ingleses. Salieron éstos en ordenada fila y puestos á tiro, comenzóse el fuego por ambas partes dirigiendo el inglés su artillería contra la iglesia y convento.

«El cañón de la torre, manejado por D. Agustín Ibarra, hizo tal destrozo en el enemigo con los certeros disparos de metralla, que más de mil quedaron fuera de combate; una bala de cañón arrancó la cabeza al valiente Ibarra; acabóse la pólvora, y los ingleses entraron á sangre y fuego en el pueblo y convento, matando al P. agustino Fr. José Andrés, párroco de dicho pueblo. El P. Agustín de San Antonio, agustino recoleto, montó á caballo, y sable en mano, cerró con los enemigos, vendiendo muy cara su vida.

«Perdieron con esto mucho ánimo los ingleses; pues bien conocieron que los Religiosos de provincias no cejarían en su empeño por defender la patria, y que no era empresa tan fácil como al principio supusieron la conquista del Archipiélago, mientras hubiese en ellas Religiosos españoles. Escarmentados los ingleses con este descalabro, se volvieron á Manila, desistiendo de la idea de conquistar las provincias.

«El día 2 de Marzo de 1763 salieron de esta bahía

algunos navíos ingleses llevándose muchos prisioneros españoles, doce Padres Agustinos y toda la plata y oro que encontraron en quince iglesias y conventos de la Orden de San Agustín.

«Escaseando los víveres en la plaza, hicieron dos expediciones, una á la Loma y otra á Malinta, donde estaba nuestro campo, haciendo de fuerte la casa hacienda de Padres Agustinos; y estas dos expediciones fueron de fatal resultado para nuestros enemigos, sobre todo esta última, donde acabaron de convencerse que fuera de la ciudad murada no tenían ni sombra de dominio.

«Eran muy desiguales las fuerzas beligerantes, pues mientras los ingleses contaban con quinientos blancos y más de mil chinos, los nuestros sólo ascendían á ochocientos, siendo muy escaso el número de españoles; trabóse, pues, la batalla, y al principio parecía que la suerte era adversa á los nuestros: fueron muchos los heridos, á quienes asistía como enfermero el agustino P. Juan Galván, párroco de Quingua; pero quiso Dios que un artillero nuestro asestase el cañón al depósito de pólvora del enemigo con tan certera puntería, que volaron muchos barriles: decayó con esto el ánimo de los ingleses de tal forma, que desde aquel momento emprendieron la retirada, acosándoles los nuestros por la retaguardia y flancos: los indios flecheros emboscados en los manglares, mataron á muchos é hirieron á casi todos. Los chinos cargados con el bagaje, no pudiendo seguir al grueso de la columna, quedaron rezagados y todos fueron muertos, haciéndose dueños los españoles de las armas y víveres que conducían. Con esto cobraron más miedo los ingleses, y se acrecentó el valor de los nuestros, dándonos mucha fuerza moral sobre los indios: se dió esta batalla en el mes de Mayo de 1763, y murió en ella el general inglés llamado el *Invencible*.

«Los Agustinos de Manila y arrabales no se daban punto de reposo en buscar plomo, piedras, fusiles y bastimentos para mandar á nuestro campo, como consta de los recibos firmados por el Sr. Anda, dados al P. Antonio de San Próspero, párroco de Tambolong, y de los entregados al P. Fr. Miguel Braña, párroco de Tondo, por las vacas, arroz, trigo, vino y ropa, enviadas para las tropas.

«El Sr. Quintanilla, alcalde de la provincia de Panay, deslumbrado por el oro de los ingleses, había concertado con éstos la entrega de la provincia. Supiéronlo los Padres agustinos Fr. Tadeo de la Consolación, párroco de Cápi, y Fr. Francisco de Valenzuela, quienes llamando á otros Padres juntaron gente y armas; y una noche con mucho recato y silencio, prendieron al alcalde y le encerraron bien custodiado en la fuerza de Cápi: entregaron el bastón al maestro Baste, párroco de Aclán, para que mantuviese el orden, y dieron cuenta de esto al Gobernador general, quien aprobó lo hecho, dándoles al propio tiempo las gracias en nombre de S. M. el Rey.

«Con los cañones y fusiles fundidos en Bacolor por el citado P. Facundo, y con la gran cantidad de pólvora fabricada por el P. Garrido, con la ayuda de los Padres de las provincias de Manila, Bulacán, Nueva Ecija y Pampanga, y con el dinero llegado de Acapulco en el

navío *Filipino*, había logrado el Sr. Anda reunir en 1764 un ejército de quinientos españoles, doscientos franceses, y cerca de cuatro mil indios bien armados, y consideróse con esto bastante fuerte para sitiar á los ingleses en la ciudad murada.

«En situación bien crítica se hallaban éstos dentro de Manila, y temían y no sin fundamento, que si Anda ponía por obra su proyecto, tendrían que entregarse, perdiendo así su honra y fama. En este conflicto determinaron pedir treguas y suspensión de armas, hasta que llegasen pliegos de Europa con instrucciones para proseguir la guerra ó ajustar las paces. El encargado de llevar esta misión fue el P. Bernardo Pazuengos, provincial de los Padres Jesuitas; mas el Sr. Anda no dió oídos á tal petición, y en ella estuvo oportuno, acertado y político, dando pruebas de un corazón noble, leal á su Rey y de valor á toda prueba.

«Llegó en esto la nao Santa Rosa con la noticia de haberse firmado las paces entre España é Inglaterra: D. Francisco Javier de la Torre, nombrado gobernador de estas Islas, fue el portador del pliego en que se mandaba devolver á la Corona española las posesiones de Filipinas, y en vista de esto nos entregaron la plaza de Manila con mucha pompa y solemnidad, en la octava de la Pascua de Resurrección del año 1764.

«La llegada de la nao con las paces, fue la salvación de los ingleses; pues bloqueados en Manila, según proyecto de D. Simón de Anda, por un ejército de cinco mil hombres bien racionados y municionados, con un tren de batir muy considerable y bueno (1), se hubieran visto precisados á hacer el papel de vencidos, ya que lo habían hecho de vencedores.

«Por esta sucinta relación puédesen venir fácilmente en conocimiento de lo mucho que España y Filipinas deben á los Religiosos de todas las Ordenes, y muy en particular á los Padres Agustinos; pues si los frailes hubieran reconocido y acatado el dominio inglés, es muy posible, conociendo la política de esta nación, que á pesar de todos los tratados se hubieran quedado hasta la fecha con estas Islas, que si algo son y algo valen se lo deben á las Corporaciones religiosas.» Hasta aquí el escritor citado.

Con sobrada razón decía el ilustre general Gándara: «Las Ordenes religiosas son para el Gobernador superior (de Filipinas) el medio de gobierno más eficaz y poderoso en la vida ordinaria del país, y sobre todo en las circunstancias graves.» ¡Ah! Si en nuestros días no se hubiera minado el prestigio é influencia de los misioneros, si no se hubiera destruido violentamente su obra secular, si no se les hubiera declarado, como se les ha declarado guerra á muerte, aun por aquellos á quienes más debía interesar el que continuasen en el estado y posición en que en tiempos anteriores se encontraban, si el Gobierno español en vez de ir mermando poco á poco las atribuciones de los Religiosos y poner coto á su patriótica labor, los hubiera apoyado en sus

proyectos, oído sus consejos, y conservado sus prestigios, otra seguramente hubiera sido la suerte de España en aquellas Islas en los tristes acontecimientos que estamos presenciando. Ni las deficiencias de nuestra Administración, ni la mala voluntad de las naciones europeas, ni los cañones yanquis, ni la misma debilidad de las primeras Autoridades de aquel Archipiélago hubieran ocasionado las alteraciones y revueltas que todos lamentamos, ni el antiguo respeto y cariño de los indios á España se hubiera trocado en el odio mortal y feroz que ahora manifiestan, ni hubiera sobrevenido la catástrofe presente y la pérdida de nuestro dominio en aquel país. En mucho peores condiciones se encontraron los defensores de España en aquellos territorios en el siglo pasado.

Pero se destruyó por los enemigos de la Religión y de la patria el más firme baluarte de nuestro dominio; se consiguió aislar á los indígenas de los misioneros que con paternal afecto les dirigían por el buen camino, y los consolaban en sus infortunios; se les presentó á los ojos de aquellos sencillos habitantes, valiéndose de mentiras y calumnias infames, como enemigos de su progreso y bienestar, y como tiranos y déspotas mantenedores de la ignominia y de la esclavitud; se arrancó de los corazones de los indios la semilla de la fe, y el amor y cariño profundísimo que profesaban á España y á todo lo que fuese su representación; se les inició en los secretos de la secta masónica destructora de todo orden y de toda autoridad; y los frutos de semejantes trabajos y predicaciones no hemos tardado en cosecharlos. Hoy con un ejército inmensamente mayor del que se disponía entonces, con una escuadra buena ó mala que oponer al enemigo, con defensas más potentes, con armas más perfectas, con generales más instruidos, con medios en fin de combate y de defensa infinitamente más poderosos, no se ha logrado salvar lo que entonces se salvó del peligro y de la ruina.

¿Es acaso que los Religiosos han cambiado de conducta en estos últimos tiempos? No, mil veces no; hoy como entonces han sido los más valientes y decididos defensores de la patria en aquellas Islas; hoy como entonces han puesto á la disposición de España su influencia, sus bienes, sus personas, su sangre y sus vidas; hoy como entonces han sido los primeros en avisar de los peligros que amenazaban, de las conspiraciones que se tramaban, y de las medidas que convenía adoptar para sacar á salvo el dominio español, fluctuante en el revuelto mar de pasiones que allí se habían levantado; hoy como entonces han hecho heroicidades dignas de eterna gratitud y perpetua memoria; pero el terreno estaba minado, y todo su trabajo y todos sus esfuerzos han resultado estériles.

Sellen sus labios los eternos detractores y calumniadores de los Religiosos, ante la luz vivísima que hoy mismo arrojan los hechos, á pesar de no ser muchos de ellos todavía bien conocidos, ni poder ser debidamente apreciados; y cuando pasados los actuales trastornos y calmados los ánimos, pueda decirse toda la verdad escueta y desnuda, y se escriba con todos sus pormenores, con toda la documentación, con toda la claridad que merece, y con recto y desapasionado criterio la historia de los últimos acontecimientos y de la pérdida

(1) «Todavía, dice el P. Coco, se conservan en las baterías de las murallas de Manila muchos de aquellos cañones fundidos en Bacolor por los Padres Agustinos: habiéndome informado de un coronel de artillería, honradísimo español y muy amigo mío, acerca del particular, me dijo que de los veintidós cañones con que hacían las salvas de ordenanza, la mayor parte eran de los fundidos por los frailes, según de voz pública se decía. (Ob. cit.)»

de Filipinas, ha de verse patente como el sol, quiénes han sido los verdaderos causantes de nuestras desdichas en aquel hermoso Archipiélago (1).

(1) Sendas páginas podrían escribirse (y no dudo que con el tiempo se escribirán) acerca de este punto importantísimo y de palpitante actualidad. Hoy como siempre es una verdad clarísima lo que dijo un escritor: «No tiene España mejores servidores en aquel país que los Religiosos.» Hoy como siempre pueden éstos proclamar á la faz del mundo lo que en documento solemne de fecha reciente han manifestado los Provinciales al excelentísimo señor Ministro de Ultramar: «Por amor á la Religión y á España venimos al Archipiélago y hemos permanecido en él más de tres siglos, dispuestos á continuar aquí mientras la conciencia no nos dicte lo contrario. No nos mueven groseras miras temporales, ni sentimientos de orgullo y de mera dignidad personal: en

Dejémonos sin embargo de lamentaciones inútiles; omitamos otras muchas reflexiones que á propósito de lo dicho se nos ocurren, y terminemos la reseña del su-

tres focos principales de la nefanda insurrección actual: en Manila por el P. Mariano Gil, párroco de Tondo; en la provincia de la Unión por el P. Fr. Rafael Redondo, párroco de San Fernando, y en Vigán (Ilocos Sur) por los Padres que regentan el Seminario. Todos ellos han merecido bien de la patria por tan insigne beneficio, digno de todo encomio. (*Filipinas. Estudio de algunos asuntos de actualidad*, por el Padre Procurador y Comisario de Agustinos Calzados misioneros de dichas Islas. Madrid, 1897. Página 271.)»

Durante la campaña de Cavite fueron innumerables los auxilios con que los Padres Agustinos contribuyeron en favor del Go-



JAPÓN.—Vista del puerto y ciudad de Merorán. (Pág. 107)

el cumplimiento de nuestros deberes hemos procurado llegar hasta el sacrificio, y nos seguiremos sacrificando, con la gracia de Dios. Buena prueba de esto ofrece al crítico imparcial la presente época de rebeliones y levantamientos. Los curas y misioneros, á pesar de estar persuadidos que corrían sus vidas gran peligro por las continuas asechanzas del feroz «Katipunán», se han mantenido firmes en sus puestos, previendo que si abandonaban á sus feligreses era casi segura una sublevación general en las Islas. Este proceder, que si no es heroico se le acerca bastante, nos ha costado muchas víctimas, arrebatándonos á queridísimos hermanos nuestros, asesinados unos traidoramente, é inmolados otros por turbas inconscientes seducidas por filibusteros y masones.

Gustosos relataríamos aquí los servicios prestados á la causa de España por los Religiosos de todas las Corporaciones en estos últimos años; pero por no separarnos demasiado del objeto de nuestro trabajo, haremos solamente algunas indicaciones con respecto á los Agustinos. Sabida es la enérgica campaña emprendida por el P. Moisés Santos á fin de desterrar de su parroquia de Malolos á la Masonería, foco de filibusterismo y de conspiraciones, campaña que le costó inmensos sacrificios y la misma vida. Las conspiraciones de Ilocos y la Unión en 1896 fueron también descubiertas por los Padres Agustinos. «Gloria es para la Corporación Agustiniense (dice el P. Navarro) que sus hijos los sucesores de Urdaneta, Martín de Rada y Diego de Herrera hayan descubierto los

bierno de España. Tres Religiosos, los PP. Anselmo Corcuera, Felipe Landaburu y Lorenzo Suárez fueron á la guerra como capellanes de nuestras tropas. Los PP. Nicolás Dulanto y Joaquín Díaz han sido igualmente capellanes de los voluntarios. El Padre Raimundo Cortazar, profundo conocedor del terreno de Cavite y Batangas, se ofreció también á ir á la campaña de guía de nuestro ejército. El P. Domingo Laprieta organizó en su parroquia un escuadrón de voluntarios, habiendo sido nombrado por los mismos su coronel. Todos los Padres de Ilocos se alistaron como voluntarios de reserva para el caso de que fuese necesario utilizar sus servicios.

«Los reverendos Padres Agustinos, dando muestras de provechoso patriotismo, y guardando á los voluntarios del escuadrón la consideración y las deferencias que ellos se merecen, ya que abandonan el reposo, y exponen repetidamente la vida por defender los más sagrados intereses, que todos aquí tenemos, han habilitado en la Casa-Procuración varias habitaciones para alojar á los individuos que sean necesarios, juntamente con un oficial á cuyo cargo estén aquéllos. Además han preparado cuadras para caballos de dicho escuadrón.

«No parará aquí según nuestras noticias el favor que piensan dispensarles, con lo cual cumplen con un deber de buenos hijos de España y de amantes de la tranquilidad de Filipinas, por lo que los voluntarios todos y los buenos patriotas les quedarán

OBRAS

DE AUTORES FRANCISCANO-CAPUCHINOS

- Apuntes biográficos** del M. Rdo. P. Lorenzo de Mataró, misionero de la República del Ecuador.—En 4.º, 75 cénts.
- Avisos** para conservar el tesoro de la felicidad claustral. Documentos de Santos Padres y de Doctores ascéticos que ofrece á las almas consagradas á Dios y dedica á María Santísima fray C. M. C.—En 16.º, 25 cénts. en rústica.
- Biografía hispano-capuchina** dedicada á Nuestra Señora de Montserrat. Memorias históricas, recopiladas é ilustradas por Fr. C. de Ll. Cuadernos 1.º, 2.º, 3.º y 4.º.—En 4.º, 2'50 pesetas en rústica cada cuaderno.
- Breves soliloquios** del alma con el Sagrado Corazón de Jesús, dispuestos para treinta y tres visitas, novenas y otras devociones escogidas, por el P. José Calasanz de Llevaneras.—En 16.º, 25 cénts. en rústica, y 50 en tela.
- Breves soliloquios** del alma con San José, dispuestos para treinta y una visitas, triduo, novena y varias devociones.—En 16.º, 25 cénts. en rústica, y 50 en tela.
- Breves soliloquios** del alma con Ntra. Señora de los Dolores, dispuestos para treinta y una visitas y otras devociones, por el P. J. C. de Ll.—En 16.º, 25 cénts. en rústica, y 50 en tela.
- Breves soliloquios** del alma con la Divina Pastora María Santísima, dispuestos para treinta y una visitas, triduo, novena y varias devociones, por el R. P. José Calasanz de Llevaneras, capuchino.—En 16.º, 25 cénts. en rústica, y 50 en tela.
- Carta á un Sacerdote**, por Fr. C. M. C.—En 16.º, 35 cts. rústica.
- Compendio de elocuencia sagrada**, en cuarenta lecciones, compuesto por el P. Fr. Melchor de Tivisa.—En 4.º, 1'75 pesetas en rústica, y 2'75 en pasta.
- Compendium Hermeneuticæ Sacræ** B. M. V. dicatum, sive introductio ad omnes et singulos Scripturæ Sacræ libros hodiernis Biblicis cognitionibus adaptata. Opus omnibus sacris

concionatoribus, examinandis, etc., valde inserviens. Auctore Fr. Josepho Calasancio à Lleaneras.—En 8.º mayor, 2'50 pesetas en rústica, y 3'50 en pasta.

Compendium Juris Canonici B. M. V. dicatum, sive Summula continens scientiam, canonicam ad hodiernum jurisprudentiæ sacre statum accommodatam nec non novissimas Romanas declarationes, etc. Auctore Fr. Josepho Calasancio à Lleaneras, O. M. C. Editio tertia.—En 4.º, 2'50 ptas. en rústica, y 3'50 en pasta.

Compendium Theologiæ Dogmaticæ et Moralis Beatæ Mariæ Virginis dicatum, sive Summa continens 1.º Totam Theologiam scholasticam ad hodiernum sacre scholasticæ statum accommodatam nec non doctrinam Angelico-Seraficam. 2.º Omnes et singulas Theologiæ Moralis quæstiones præcipue practicas. Auctore P. Fr. Josepho Calasancio à Lleaneras.—En 8.º mayor, 4 ptas. en rústica, y 5 en pasta.

Cronicón de la Misión de Padres Capuchinos en Centro-América, ó Fundación y propagación de la Seráfica Religión Capuchina en la América Central, por el M. R. P. Fr. Ignacio de Cambrils. Lo publica con notas y apéndice el P. fray José Calasanz de Lleaneras.—En 4.º, 1'50 ptas. en rústica.

Cuenta de conciencia (La), *las Confesiones y las Comuniones en las Comunidades religiosas*, por el M. R. P. Pío de Langogne, vertida al español por el P. Fr. R. de M.—Comentario teológico-moral al Decreto *Quemadmodum* de la S. Congregación de Obispos y Regulares.—En 8.º, 1 pta. en rústica, y 1'50 en tela.

Diurnale Novissimorum sive brevissimæ considerationes circa novissima pro omnibus et singulis anni diebus ex sententiis Patrum et Doctorum depromptæ ad utilitatem clericorum et concionatorum accedunt menses tres Eucharistici et Vade Mecum pii Mariophili cura et studio sacerdotis O. M. C.—En 8.º, 1'25 ptas. en rústica.

Doctrina S. P. N. Francisci per singulos anni dies distributa accedit Parvum Officium nec non mensis séraphicas in honorem S. Francisci cura et studio F. C. M. C.—En 16.º, 50 cénts. en rústica.

Documenta regularitatis seu de agendis et fugiendis in fratrum regimine à F. C. M. C.—En 16.º mayor, 1 pta. en media pasta.

Elogio del Rmo. P. Fr. Pablo de Colindres, general de la Orden de Capuchinos, compuesto por el P. Fr. Lamberto de Zaragoza. Nueva edición aumentada con la biografía del autor y varios apéndices, por un Religioso de la Provincia de España.—En 4.º, 75 cénts.

Encomia exhortatoria in honorem S. Felicis à Cantalicio, laici professi Ord. Min. Capulatorum, Occurrente III Centenario ab ejus obitu edita cura et studio Fr. Josephi Calasancii à Llevaneras.—En 8.º mayor, 1'40 ptas. en rústica.

Flora oratoria seráfica, ó sea sermones predicados por diversos oradores de la antigua provincia Capuchina del principado de Cataluña, recogidos y coleccionados por el Rdo. Padre Fr. Tomás de Arenys de Mar.—Cuatro tomos en 4.º, 10 pesetas en rústica, y 14 en pasta.

Guía práctica de los Hermanos de la V. O. T. de nuestro Padre San Francisco, por el P. J. C. de Ll., entresacada del *Ramillete espiritual* del mismo autor, que está agotado.—En 16.º mayor, 50 cénts. en rústica, y 75 en tela.

La Religión Capuchina, por el Ilmo. y Rdmo. Sr. Juan Bautista Guerra, obispo de Bertinoro y Sarcina. Discurso histórico, traducido por el Ilmo. Sr. Dr. D. José Benavides.—En 4.º, 25 cénts. en rústica.

Los Cinco Domingos de las sagradas llagas de San Francisco de Asís. Devoción enriquecida con cinco indulgencias plenarias por Su Santidad León XIII, por el P. J. C. de Ll.—En 16.º, 25 cénts. en rústica, y 50 en tela.

Mariale quotidianum, sive brevissima Mariana obsequia per singulos anni dies distributa quibus SS. Dei Genitricis nomen et sublimitas Patrum et Doctorum encomiis celebrantur. Auctore Fr. Josepho Calasancio à Llevaneras.—En 8.º, 3'50 pesetas en rústica, y 4'50 en piel.

Modelos de religiosa juventud formados en la escuela de San Francisco. Noticias edificantes coleccionadas y publicadas por el P. J. C. de Ll.—En 8.º, 75 cénts. en rústica, y 1'25 pesetas en tela.

Piisima erga SS. Dei Genitricem Hebdomadalis devotio ad impetrandam gratiam pie vivendi et feliciter moriendi.—En 16.º, 50 cénts. en rústica.

Regla de la Orden Tercera de San Francisco llamada secular.

(León XIII, Constit. *Misericors Dei Filius*).—En 32.º, 8 cénts.

Rosarito ó Corona de la Inmaculada Concepción.—

Origen de esta devoción; modo de rezar el Rosarito; gracias espirituales que tiene concedidas, y bendición y algunas máximas de San Francisco.—Una hojita en 8.º, 1'25 ptas. ciento, y 10 millar.

Verdad de las traslaciones de la Santa Casa de Lore-

to, probada por la tradición, por el P. J. C. de Llevaneras. Traducida del latín por F. G.—En 16.º, 50 cénts.

Vida de San Francisco de Asís, compuesta por el reverendo P. Fr. Leopoldo de Cherancé.—En 4.º, 3 ptas. en rústica, y 4 en tela.

Vida del siervo de Dios P. Fr. Ignacio de Monzón, sacerdote capuchino, publicada con un Apéndice y notas por un Religioso de la misma Orden en vista de los manuscritos del M. R. Padre Antonio de Alicante, definidor y cronista de la antigua Provincia de Valencia.—En 4.º, 1 pta. en rústica.

Vida, virtudes y milagros de San Lorenzo de Brindis, general de la Orden de Capuchinos, por el P. Fr. Francisco de Ajofrici.—En 8.º mayor, 2 ptas. en rústica.

Vida y virtudes del V. P. Fr. Gabriel Maciá, de Canet, escrita por el P. Fr. Atanasio de Barcelona.—En 8.º, 50 cts. rústica.

EN PRENSA

Consideraciones teológicas y espirituales sobre las Grandezas de Jesucristo, por el R. P. Luis Francisco d'Argentán; traducidas al castellano por el R. P. Ruperto M.ª de Manresa.

ADVERTENCIAS

Estas obras se venden en la *Librería y Tipografía Católica*, calle del Pino, 5, Barcelona, y en la Administración de *El Mensajero Seráfico*, plaza de Jesús, 1, Madrid.

Se remiten por correo á cualquier punto que se desee, tanto de la Península como del Extranjero, añadiendo el importe de franqueo y certificado.

Puede remitirse el importe en letra de fácil cobro, libranza ó sellos de franqueo, certificando en este caso la carta.

También se hallan en las principales librerías de España.

TIP. CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona



PATETA

6

LA TIENDA DEL DIABLO

POR

D. Vicente E. Meliá, Pbro.

PROSPECTO

APENA el ánimo de todo buen católico la sola consideración de los estragos que causa en el fecundo campo de la Iglesia la emponzoñada semilla del Liberalismo infame; de ahí que, sin tregua ni descanso, plumas bien cortadas de

Ayuntamiento de Madrid



propagandistas insignes se dediquen, con incalculable provecho, á la noble labor de combatir á este error, el más funesto en los actuales tiempos: de ahí también que, movidos por el único deseo de ocupar un puesto (siquiera sea el último) entre los debeladores de tan pernicioso sistema, nos atrevamos á dar á luz el presente libro.

La sola enunciación de las materias en él contenidas será lo suficiente para formarse idea exacta del mismo.

Helas aquí :

INTRODUCCIÓN.

- I.—MEETING INFERNAL.—Un pregón subterráneo.—Preludios.
—Sermón notable.—Feliz idea.
- II.—LA TIENDA DEL DIABLO.—Prospecto abigarrado.—Señas mortales.—Rótulo.
- III.—UN TRIUNVRATO.—Un disfraz.—Piara de puercos.—El espejo del diablo.—Cancerbero.
- IV.—ABIERTO AL PÚBLICO.—Abierto á toda hora.—Días y horas de mayor concurrencia.—Detrás de la cruz está el diablo.
- V.—ULTRAMARINOS Y DEL PAÍS.—Poderoso auxiliar.—Hombrés célebres.—Sarcástico sofisma.

Ayuntamiento de Madrid

- VI.—ESPECIALIDAD EN EL ARTE CULINARIO.—Los Socios del Pesebre.—Fábrica para modelar leyes.—Bistech (duelo).—Salsas exquisitas (suicidio).—Postres variados.
- VII.—LICORES. — *Sprits forts*.—Exquisito Champagne.—Excelente Burdeos.—Escrúpulos aparte.—En pro y en contra.
- VIII.—NOVEDADES PARA LA TEMPORADA.—Trajes de verano.—La Bella Chiquita.—Por lo verde.—Exposición de carnes.
- IX.—ESPECIAS.—El teatro.—El baile.—Los viajes de recreo.—Veraneo.
- X.—OBJETOS DE CAZA Y PESCA.—Redes invisibles.—Cintas y lazos de subidos colores.
- XI.—¿CUADROS DISOLVENTES?—Jabón de los príncipes del Congo.—Mechas de actualidad.—Siniestros resplandores.
- XII.—DIOSECILLOS PARA TODOS LOS GUSTOS.—El dios pan.—El dios mono.—El dios hombre.
- XIII.—JUGUETES.—Tortilla instantánea.—Marimachos.
- XIV.—GRANDES REFLECTORES.—Espejos de cuerpo entero.—Piedras falsas.—El Cinematógrafo.
- XV.—OBJETOS DE LUJO.—Cabezas de rinoceronte disecadas.—Rinconeras no arrinconadas.—Pebeteros que hablan.



- XVI.—ESPECÍFICOS.—Receta para los imposibles.
XVII.—FUNERARIA.—Chismes carnavalescos.—Sainete cómico.—Cortejos fúnebres á perra chica.—Trata de muertos.
XVIII.—¡NI POR ESAS!—La mona de Dios.—Camino del infierno.—Utopías.
XIX.—PIROTÉCNICA.—Tracas, morteretes, etc.—Bomba final.
XX.—BANCA.—Falsa moneda.—Moneda de buena ley.—Cambios.
XXI.—PATETA Á SUS ÍNTIMOS.—Declaraciones y consejos.
CONCLUSIÓN.

Esta obrita, esmeradamente impresa en igual papel, letra y tamaño que el del presente prospecto, consta de 224 páginas ilustradas con 50 hermosos fotgrabados alusivos al texto, y cubierta alegórica primorosamente dibujada é impresa á dos tintas. Véndese al precio de **2 ptas.** en rústica, y **3** en plancha dorada. Por correo, 10 cénts. más, y 35 si se quiere en paquete certificado.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, núm. 5, Barcelona.—Hállase también de venta en las demás principales librerías de España.



TIP. CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.

ceso que nos ocupa, apuntando á la ligera los daños y perjuicios que ocasionó á los Agustinos su resuelta actitud en defensa de la integridad de la patria.

agradecidos como á cuantos les imiten. (*Diario de Manila*, 17 de Septiembre del 96).»

«Los reverendos Padres Piores de Santo Domingo, San Agustín, Recoletos y Franciscanos han ofrecido al Excmo. Sr. general Rizzo, gobernador militar interino, los conventos de sus Ordenes para hospitales de sangre destinados á los señores oficiales de este ejército que tengan la desgracia de ser heridos en campaña. (*Diario de Manila*, 20 de Noviembre del 96).»

«Todos los Padres Provinciales de las Corporaciones religiosas se han ofrecido á alojar y cuidar en sus respectivos conventos á cuatro oficiales heridos. (*Diario de Manila*, 14 de Enero del 97).»

«Al tenerse noticia en Iloilo de la muerte dada en Naic (Cavite) al pundonoroso y bravo primer teniente de la Guardia civil don Gregorio Pérez Herrero, quedando en poder de los rebeldes la familia de tan bizarro militar completamente arruinada, los reverendos Padres Agustinos de la provincia de Iloilo, y á su frente el excelentísimo señor gobernador, iniciaron una subscripción en favor de aquella desgraciada viuda y familia, á la cual han respondido como no podía menos de esperarse, siempre que se les llama en nombre de la caridad, los buenos españoles, ascendiendo lo recaudado á trescientos dos pesos. (*Diario de Manila*, 15 de Enero del 97).»

«Donativos para el ejército de Filipinas. — El M. R. P. curapárroco de la cabecera de Ilocos (Fr. Rafael Redondo) regaló dos caballos. — El curapárroco de San Nicolás (Fr. Victoriano García), un caballo. (*Diario de Manila*, 15 de Enero del 97).»

«Por último, el R. C. de Lipa, P. Laprieta, envía á la Secretaría del Gobierno general, para que los ofrezca al ejército, trece hermosísimos caballos, que son la admiración de cuantos los han visto. (*Diario de Manila*, 19 de Diciembre del 96).»

«Apenas en esta provincia (de Bulacán) se tuvo conocimiento de lo ocurrido en algunos pueblos de alrededor de Manila y de la provincia de Cavite, se presentaron los más importantes elementos bulaqueños á su gobernador civil, haciendo enérgicas protestas de estos hechos, y manifestando su lealtad y adhesión á España.

«El gobernador civil les hizo presente su agradecimiento, y el reverendo curapárroco, P. Valdés, les exhortó eficazmente á demostrar su lealtad, prorrumpiendo todos en calurosos vivas á España. (*Diario de Manila*, 14 de Septiembre del 96).»

El P. Valdés, hoy obispo electo de Puerto Rico, fué igualmente uno de los principales consejeros del general Polavieja durante la campaña de Cavite; y tal era el ascendiente de que gozaba para con el ilustre vencedor de los tagalos, que, según hemos oído, llegó á encargarle Polavieja la redacción de algunas determinaciones por él adoptadas.

Con motivo de la visita que giró el gobernador civil de Manila á varios pueblos de aquella provincia, decía el *Diario de Manila*, 31 de Marzo del 97: «En Navotas recibió el señor gobernador civil repetidas muestras de adhesión, y él les manifestó que saludaba con verdadero cariño y orgullo al pueblo de Navotas que, atendiendo los paternales consejos de su sabio y virtuoso curapárroco, M. R. P. Fr. Tomás Agudo, se habían mantenido fieles á la gloriosa bandera que los amparaba, y habían arrojado del pueblo á todo el que intentó hacer propaganda de criminales ideas.

«El Municipio de Navotas en sesión extraordinaria, y teniendo en cuenta los méritos contraídos por el reverendo curapárroco Fr. Tomás Agudo, patentizados con motivo de los sucesos actuales, acordó declararle hijo adoptivo del pueblo. (*Diario de Manila*, 9 de Abril de 1897).»

«Protegidas por las escabrosidades y asperezas de la abrupta sierra de Guidguid, han acampado en sus espesos bosques durante la pasada época insurreccional numerosas partidas rebeldes, diseminadas y esparcidas á lo largo de la sierra en distintos campamentos, fuertemente defendidos por trincheras naturales, más resistentes é inexpugnables que las debidas al cálculo del ingeniero y al trabajo del mecánico. Como jefe de estas fuerzas ha venido figurando el titulado «general de división» Sinforoso de la Cruz, natural del pueblo de Norzagaray, quien á pesar de la sumisión de los principales cabecillas á nuestra gloriosa enseña, verificada en Biac-na-bató, permanecía en actitud hostil y rebelde al frente de la partida á sus órdenes.

«El bondadoso y sabio curapárroco de este pueblo, Fr. Mariano de los Bueis, ansioso de llevar la paz y la calma á los durante tanto tiempo intranquilos habitantes de esta región, dirigió al cabecilla mencionado una carta exhortándole á trocar la montañesa y áspera vida del perseguido por la tranquila y sosegada del

«Además de los doce Religiosos que fueron desterrados á Bombay, Goa y Londres, y de los dos que mataron en Bulacán, de los cuales ya hice memoria, murieron

pacífico ciudadano: el resultado de tan patrióticas gestiones fué solicitar Sinforoso una conferencia con el reverendo párroco y el comandante militar de este destacamento con objeto de conocer á fondo las condiciones exigidas por nuestro invicto caudillo para conceder el perdón á los ilusos alzados en armas.

«A pesar de que atravesando el río sin fuerza alguna quedaba completamente á merced de los rebeldes, el bravo capitán don Pascual Genis no titubeó un instante, y acompañado de los reverendos párrocos de Angat y Norzagaray; Fr. Felipe Landáburu y Fr. Mariano de los Bueis, y del oficial segundo de Administración militar, D. Francisco Monguió, cruzó el río, encontrándose á la orilla opuesta con Sinforoso, acompañado de los cabecillas Serapio Sizón, Rufino Palad y Tiburcio Villavicencio, y dos desertores armados, quienes los recibieron con muestras del mayor respeto...

«Cumpliendo su palabra, esta tarde á las tres se ha efectuado su presentación, verificándola Sinforoso de la Cruz, titulado jefe de los capamentos de Minuyan, Tanqui, Santol, Barasbacan, Santocristo y San José: Teodoro Gener de la Cruz, titulado «general de brigada»; Rufino Pilar, «comandante militar» de Santol; Ambrosio de la Cruz, «cajero»; Ramón Asunción, «capitán»; Sixto Suldet, «teniente», y un sargento, un cabo y diecisiete individuos: han presentado además once armas de fuego y algunas municiones.

«El resto de la partida se presentará mañana...

«Mezquino sería ragatear el aplauso y cercenar el mérito contraído por los valerosos españoles antes citados, que en aras de la paz y movidos de fervoroso entusiasmo patrio marcharon sin arma alguna al campo rebelde, decididos á arrancar la espesa venda que cubriera los ojos de aquellos ilusos... y dignos de todo encomio son el celo y la actividad desplegados por el reverendo curapárroco de este pueblo, misionero de la paz, objeto de nuestra santa Religión... (*La Voz española*, 17 de Enero de 1898).»

«Las huérfanas de Mandaloya. — Las acogidas en este benéfico asilo, costeado por los Religiosos Agustinos, al tener noticia de la formación del cuerpo de voluntarios, y queriendo darle una prueba de su entusiasmo patriótico, manifestaron su deseo de ofrecer al Sr. Bore una bandera bordada por ellas.

«Enteradas del proyecto las Madres encargadas de la dirección de este asilo, y contagiadas del infantil entusiasmo de las acogidas, pusieron con ellas manas á la obra, haciendo y bordando una magnífica bandera de las dimensiones reglamentarias y formada con riquísimas telas de raso.

«La lujosa enseña, que hemos tenido ocasión de admirar, lleva en su centro bordado á realce el escudo de España, y sobre él la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Consolación con este lema, que circunda á Imagen y escudo: *Auxilium christianorum, ora pro nobis*.

«Una guirnalda exterior lleva también bordado el título de aquellos á quienes está dedicado: «Leales Voluntarios de Manila.»

«Debajo del escudo y en letra casi invisible, se ve la modesta dedicatoria de las autoras, que dice: «Pequeño obsequio que el Asilo de Huérfanas de Mandaloya ofrece á los Voluntarios de Manila.»

«Esta noble y sentida muestra de afecto de las pobres niñas que deben su educación y cuidado á un elemento netamente español, prueba que han buscado la primera ocasión para hacer constar su gratitud á la madre patria, sintiéndose muy orgullosas por saber que el Sr. Bore ha dispuesto que tan delicada obra sea convenientemente custodiada en el cuarto de banderas del escuadrón, y sirva, una vez el cuartel constituido, para ser izada donde todos la admiren.

«La bandera, llevada ayer por una Comisión de Religiosos Agustinos á la S. I. C., fué bendecida por el excelentísimo é ilustrísimo señor Arzobispo en unión de las del batallón y escuadrón de voluntarios. (*Diario de Manila*, 28 de Septiembre del 96).»

«Acaso por una prudencia excesiva no hemos abstenido hasta ahora de ponderar los innumerables sacrificios que nuestros queridísimos hermanos de Filipinas han hecho en favor de los intereses de España y de la Religión, durante las aciagas circunstancias por que ha pasado y está pasando aquel hermoso Archipiélago. Sólo el temor de que pareciesen interesados los elogios, nos ha hecho guardar silencio acerca de tan grandes ejemplos de virtud y patriotismo. No creemos, sin embargo, que estas consideraciones nos impidan consignar que por su distinguido comportamiento en la defensa de Manila han sido recompensados con la

otros cuatro en las provincias de la Laguna y Batangas; doce fueron presos juntamente con D. Fr. Bernardo Ustariz, obispo de Vigan, de la Orden de Santo Domingo en el pueblo de Bantay, y otros doce de varias provincias, que pudieron, sin embargo, evadirse después de sufrir malísimos tratamientos y grandes penurias.

Un Verano en el Japón Boreal

JAPONESES Y AINOS EN LA ISLA DE YESO (HOKKAIDO)

POR EL P. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS, MISIONERO DE LA DIÓCESIS DE HAKODATÉ

(Continuación)

RECOSTADO al pie del monte descubrimos de improviso la ciudad de Merorán. (*Véanse los grabados de las págs. 105, 108 y 109*).

Eran las cuatro de la tarde cuando nuestro *steamer* echó anclas en un puerto encantador.

No pocas eran las barcas de fondo plano que aguardaban la llegada del vapor, y sobre ellas hormigueaba una nube de japoneses abigarradamente vestidos. Aun el ancla no había llegado al fondo, y ya aquel ejército

cruz de Isabel la Católica los RR. PP. agustinos Fr. Pablo Alvarez y Fr. Blas Barrios, y con la de Carlos III el Rdo. P. Fr. Francisco Martín Girón, de la misma Orden. (*La Ciudad de Dios*, vol. XLVII, pág. 359).»

«Ha sido concedida la cruz roja de primera clase del mérito militar á los RR. PP. Leocadio Sánchez y Mariano Bueis, párrocos de Guiguinto y Norzagaray, respectivamente. (*La Voz española*, 20 de Enero del 98).»

También han sido premiados con la misma cruz los PP. Nicolás Dulanto y demás agustinos que fueron capellanes de la tropa.

Nada decimos de las cantidades donadas por los Agustinos para gastos de la guerra y socorro de los heridos en campaña, por no haberlas publicado la prensa. Sólo notaremos que han sido de consideración.

He aquí finalmente la lista de los que han dado su vida por la causa de la Religión y de la patria:

M. R. P. Antonio Piernavieja.

» » P. Domingo Candenás.

H. L. Fr. Matías Rivero.

M. R. P. Moisés Santos.

» » P. Tomás Jiménez.

» » P. José Baztán.

» » P. Rafael Redondo.

» » P. Mariano García.

» » P. Santiago García.

» » P. Ricardo Montes.

M. R. P. Leocadio Sánchez.

» » P. Miguel Vera.

» » P. Francisco Renedo.

» » P. Hipólito Tejedor.

» » P. Juan Tarrero.

De los Padres Recoletos pasan de veinte los que han sucumbido.

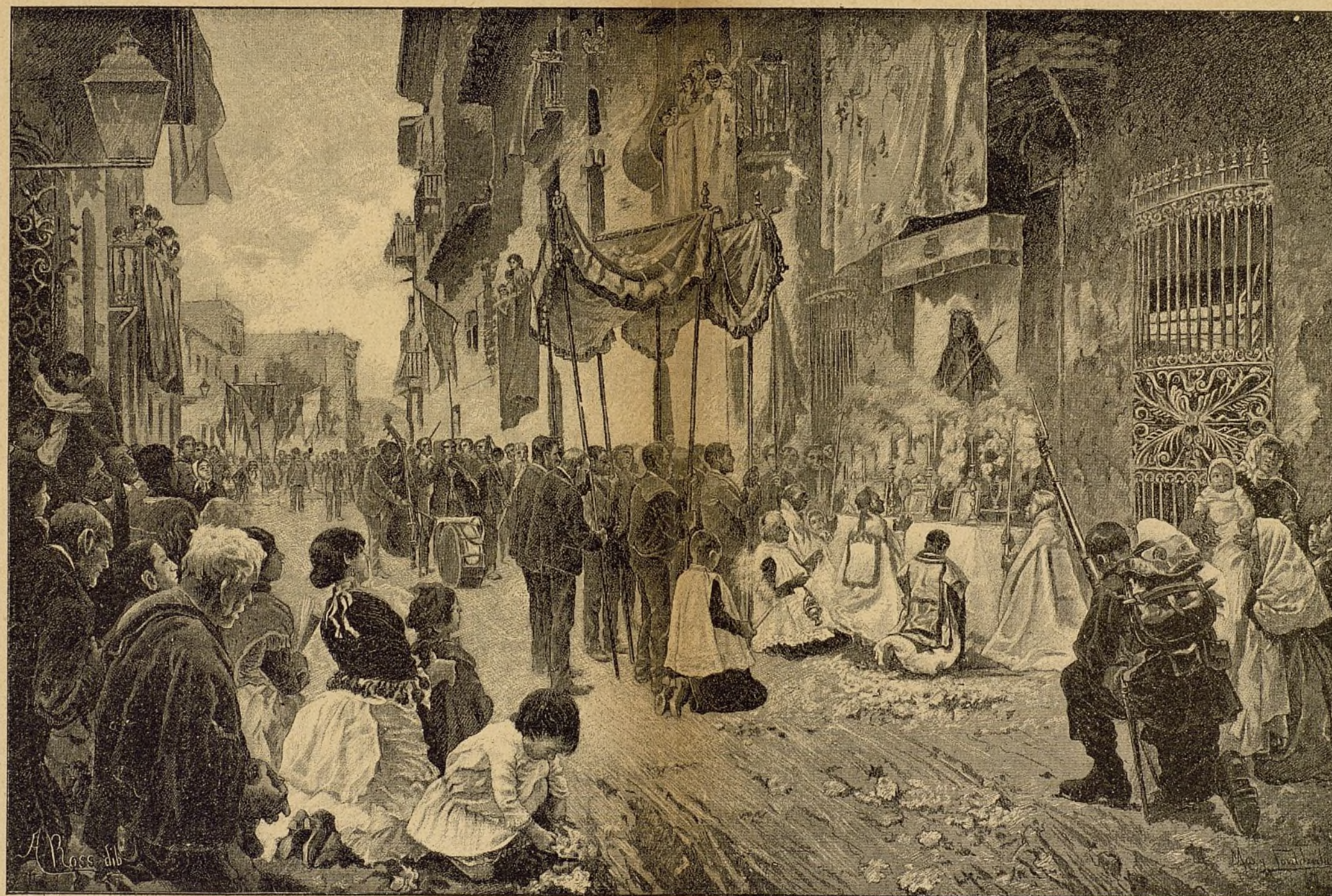
Estos datos consignados sin orden alguno, y otros muchos que podremos aducir cuando vayan aclarándose los últimos sucesos ocurridos en aquel Archipiélago, prueban con elocuencia avasalladora, cuán lejos han estado los Agustinos de decaer de la conducta observada por sus antepasados, y cómo en nuestros días lo mismo que en edades remotas han sido los más valientes defensores de la soberanía de España en las islas Filipinas.

de *bantos* (dependientes de hotel) invadía el puente, subiendo unos por cuerdas ó cadenas, otros aprovechando cuantos agujeros tiene en su casco el buque, todos con la presteza y habilidad de un mono. Armóse entonces una algarabía y confusión indecibles. Estos energúmenos, que visten una tela dibujada á grandes manchas redondas, azules y blancas en la espalda, gorra jockey, pantalones ajustados abiertos por un lado en su parte inferior, empiezan anunciando á grito pelado los hoteles que representan, é invitan á los viajeros á que les cedan el equipaje, tomándolo de las manos casi á viva fuerza. Armanse entre ellos fuertes altercados que aumentan la gritería, la confusión y las escenas genuinamente orientales. A la audacia y tranquilidad de los burreros del Cairo, añaden el ser muy obsequiosos, serviciales y amables, pero amabilidad y servicios de encargo, forzados; os saludarán ceremoniosamente, y al propio tiempo observaréis procuran esconder una burlesca sonrisa que aparece en sus labios. Reunen en su interior algo del pilluelo parisién, del buscador de *bakchich* de Alejandría, del servilismo y desenvoltura del saltimbanquis.

Después de media hora de indescriptible tumulto, queda vacío el puente y restablécese la calma. Las barcas desfilan una tras otra llevando á los viajeros hasta la cercana orilla. Entonces fué cuando nosotros entramos en un *samkan*. Minutos después llegábamos al desembarcadero.

El aspecto de Merorán es el de una ciudad moderna. La mayor parte de sus edificios son de construcción reciente, conservándose muy pocos de antiguo estilo. Obsérvase en las mismas una mezcla de europeo y japonés. Las casas sólidas, excesivamente pesadas, han sido construidas á propósito para resistir las copiosas nevadas que durante el largo invierno caen con frecuencia sobre esta tierra. Al recorrer las calles de la ciudad vense numerosos almacenes repletos de chucherías de Nueva York ó de Londres. El aspecto de Merorán anuncia la prosperidad de que disfruta, prosperidad que acrecienta su hermosa rada, cuya posición hace además que pueda ser fácilmente convertida en puerto de guerra de primer orden. Si exceptuamos un estrecho paso de fácil defensa, un circuito de altas montañas cierra por completo la extensa rada. Una batería emplazada en la roca sobre la cual elévase actualmente el faro, cerraría la entrada del puerto.

Extiéndese la ciudad en larga línea, pues la montaña que muere á orillas del mar en dulce declive ó bruscamente cortada á pico le impide ensancharse. Merorán está formado por dos calles paralelas, que siguen las sinuosidades del puerto; calles interminables recorriendo una de las cuales empleamos larguísimo tiempo antes no llegamos á la residencia del misionero, situada al extremo de la ciudad. A medida que Merorán aumenta se verá obligado á edificar sus casas en el monte, formando un anfiteatro. Por su hermosa situación, esta ciudad está llamada á ser de las más importantes del Yeso.



LA PROCESIÓN DEL CORPUS

(Mas y Fondevila)

Grande es la animación y vida que reina en las calles de Merorán. Circulan por ellas crecido número de carros y diligencias, vehículos sumamente raros en la isla de Nippón. Sus habitantes procuran asimilarse muchas costumbres europeas, que copian mal y ridículamente, pero de las que alardean orgullosos. Su trato es agradable y atento. ¿Cómo es posible que el Japón, el antiguo Japón de Zyeyam, de la Edad media, sea el actual Japón de Yeddo de Kioto, este Japón tan radicalmente transformado? Pero dejemos sin contestar esta pregunta, que nos desviaría del propuesto fin. Reina en esta ciudad, formada por emigrantes, algo de la actividad americana. Es la lucha por la vida: el europeo parece que en ella encuéntrase menos desterrado que en el resto de Nippón.

Salimos al campo, y siguiendo un estrecho sendero formando ángulo con la bahía, nos dirigimos á un pequeño pueblo chino.

Subimos hermosas colinas, cruzamos valles amenos, contemplando encantadores paisajes bañados por la misteriosa luz del ponentino sol. Adornaban ambos lados del sendero, que corre á través de espeso bosque, frescas violetas preñadas de todo perfume, helechos gigantes y largas guirnalda de hermosas clemátidas. Durante el camino no encontramos alma viviente.

Después de media hora de marcha llegamos á Edomo.

Nos hallamos en un pueblo aino. Fórmanlo unas veinte miserables chozas groseramente construidas con ramas y cañas, dispersas sin orden ni simetría. Contemplamos los representantes de un pueblo infeliz próximo á desaparecer, los vestigios de una raza estacionaria, imprevisora, refractaria á toda cultura intelectual y á todo perfeccionamiento, vestigios de las que tantas veces me habían hablado; contemplamos, en una palabra, un pueblo salvaje.

Paréceme que Edomo no da idea exacta de lo que es un pueblo aino. Su proximidad con un gran centro de población y la influencia que de él recibe, las continuas relaciones que sostiene con los japoneses, han de haber influido no poco en sus costumbres. Creo que pronto tendré ocasión de ver detenidamente á los ainos, para observarlos y estudiarlos en sus mismas viviendas. En Edomo permaneceremos un solo día.

Nuestro único objeto es visitar á Saraguru, catecúmeno aino en cuya casa permaneció el año último largas semanas M. Berlioz aprendiendo la lengua de este pueblo.

Andando, andando, poco tardamos en encontrar los ainos. (*Véase el grabado de la pág. 97*). Visten una túnica de algodón que les cubre hasta la parte inferior de la rodilla, y que atan con un ceñidor. Altos, robustos, de aspecto agradable, cabellos negros que caen sobre sus espaldas en abundantes bucles á la nazarena, poblada barba larga hasta la mitad del pecho, ancha frente, nariz regular, rostro excesivamente tímido animado por eterno sonris de felicidad.

A nuestro paso inclínanse profundamente, llevan con solemnidad ambas manos al rostro, acarician dulcemente de alto abajo su larga barba, tosen algunas veces, y fija su vista en el suelo prosiguen el interrumpido camino.

Cruzamos por delante de varias chozas antes de llegar á la del hombre que deseábamos ver. Encontramos en ella su esposa y sus hijos. Nuestra inesperada presencia dejóles sumamente confusos y sin saber qué decir. Invitáronnos, sin embargo, á entrar y sentarnos cruzadas las piernas cabe los leños que ardían al centro de la choza llenándola de asfixiante humo. El saludo de la mujer es distinto del de el hombre. Extiende su brazo izquierdo y pasa la mano derecha á lo largo del brazo extendido, y de uno á otro lado de la cara por encima del asqueroso pintado con que pretenden fingirse bigote. Nuestra huésped saludóme observando todas las reglas. Su ilustrísima y estas pobres gentes sostuvieron en aino animada conversación, durante la cual entretúveme examinando la choza habitada tan largo tiempo por el Ilmo. Berlioz. Considero imposible hacer una descripción más exacta que la que transcribo, copiada del diario de dicho misionero.

La choza de Saraguru

«Nada más sencillo que una choza aino: imaginaos un armazón de techumbre sostenido por gruesos piés, que miden la alzada de hombre, sobre la cual se extiende un grupo de cañas que sirven de tejas y paredes: la habitación tiene tres aberturas: puerta, ventana profana y ventana sagrada. (*Véase el grabado de la página 113*).

«La techumbre, que es lo primero que construyen al levantar una choza, está formada por diferentes piezas de carpintería unidas por cortezas de árboles y plantas trepadoras. No busquéis entalladuras ni herrajes: ¿para qué si las suplen bien el cáñamo y las lianas?

«Los troncos que sostienen el techo están clavados en tierra distantes cinco piés unos de otros, y ligeramente inclinados hacia el interior: bien alineada y á igual nivel la parte superior, el techo cae aplomado sobre ella, siendo el resultado obtener una construcción tan sólida como elemental, que esté al abrigo de tifones y terremotos mientras se conserve fuerte la base de los piés.

«He hablado de dos ventanas: profana la una y sagrada la otra.

«Abrese la primera al Sud, y como su nombre indica, sirve para lo que sirven todas las ventanas, lo cual excúsame más explicaciones.

«La sagrada ocupa el centro de la pared opuesta á la puerta interior: mira á Levante, y al abrirse deja ver generalmente uno ó más cráneos de oso sostenidos por piés de madera: á distancias regulares ramos de sauce trabajados pacientemente con el cuchillo, para sacar delgadas filamentos que caen en espiral como larga cabellera. Es el *inao*, ex-voto favorito de los ainos. La ventana sagrada destínase exclusivamente al culto: en ella reúnen para invocar á los dioses y á las diosas: un solo acto irreverente, por ejemplo escupir, basta para profanarla. ¿Por qué éste es lado sagrado? ¿Por qué reservan esta ventana á los actos de su culto? «Porque es antigua tradición que legaron nuestros antepasados,» os contestarán invariablemente, y nada más, porque esta tradición no admite comentarios.

«La única puerta exterior da acceso á un vestíbulo que ocupa el lado opuesto á la ventana sagrada: en él

amontónase la leña que debe quemarse durante el día: al llegar el tiempo de la esperada cosecha bátese el mijo, y cuando las noches tempestuosas y frías impiden permanecer en el exterior déjase entrar al perro, pero nunca ni por ninguna razón se le deja pasar el umbral de la puerta que conduce al interior: es privilegio reservado exclusivamente al gato.

A pesar de yacer sumidos en completo salvajismo, los ainos conservan cierto sentimiento de dignidad. Difícil es adivinarlo al ver aquella vivienda primitiva, sombría, ahumada, llena de escombros y arreglada con desastrado gusto.

Varias esteras dispuestas al rededor del hogar invitan á calentarse cabe su benéfica llama: el sitio de cada individuo está previamente determinado. A la izquierda entrando, los habitantes de la casa, siendo para las mujeres el lugar más próximo á la puerta; las visitas ordinarias siéntanse en las esteras de enfrente. Al fondo de la sala y opuesto á la puerta que da entrada al interior, está el sitio reservado á huéspedes distinguidos, y nadie se atrevería á sentarse sin ser previamente invitado.

«La distribución de estas viviendas es siempre la misma, variando solamente las dimensiones. Igual orientación, igual ajuar, nada arbitrario y siempre lo mismo en todo el territorio aino.»

Olvidéme al principio de hacer constar que la compañera de Saraguru estaba muy habladora, y que en su precipitación para hacer los honores de la casa, veíase la tambalearse ligeramente. Su rostro ardía, y en sus oblicuas miradas parecía adivinarse algo vago. La infeliz había bebido aguardiente de arroz. En tal estado es imposible sostener largo tiempo una conversación. Además acercábase la noche, y nos retiramos á pesar de sus reiteradas súplicas, amigos como siempre.

Al salir de la ahumada choza el sol había desaparecido: extendíanse por el mundo las sombras negras. Todo estaba sumido en calma profunda y crepuscular silencio. ¡Cuán triste melancolía respira al morir la tarde un villorrio aino! Internámonos á través del bosque para regresar á la ciudad de los hombres civilizados.

Poco habíamos andado por el ameno valle, cuando hi-rió nuestros oídos el lejano ritmo de misterioso canto de notas agudas, terminadas por otras dos bajas, guturales...

Es un aino que regresa al pueblo. Al acercarse vemos que titubea, gesticula... estaba ebrio.

Al vernos agazapóse, tropezando entre los tiernos árboles que bordean el camino, y acarició tímidamente su barba saludándonos... Es la embriaguez vicio general entre los ainos, y una de las causas que contribuyen á su rápida extinción.

Durante el regreso no podía apartar de mi cabeza el retrato del salvaje trazado por el autor de las *Soirées de Saint-Petersbourg*. «... Si se acostumbra á las bebidas espirituosas bebe hasta la embriaguez, hasta la fiebre, hasta la muerte, desprovisto por igual de la razón que guía al hombre y del instinto que libra al animal de lo que puede dañarle. Visiblemente desviado,

ha roto hasta los últimos fundamentos de su esencia moral.

«El salvaje hace temblar al observador que sabe ver...»

(Se continuará).

Recuerdos del Catolicismo en el Tonkin

IX

Luchas civiles y religiosas

Las luchas civiles y religiosas que desde el año 1765 conmueven el Tonkin, provienen de que al morir el Chua de Conchinchina, Vu-Vuong, desheredó á su primogénito, designando por sucesor á otro de sus hijos, Dué-tong, nacido de una de sus más vulgares mujeres. Phuoc, ambicioso salido del pueblo, sin otros talentos ni méritos que sus intrigas, empuña las riendas del Estado, apodérase del legítimo heredero que muere en la prisión, y gobierna á nombre del nuevo Príncipe. Su conducta orgullosa y vejatoria provocó general descontento, y es causa de una guerra civil. En la provincia de Binh-Dinh, dos hermanos, Nahc y Hué, junto con un pariente, Lu, aprovechándose de la impopularidad de Phuoc emprenden la campaña, y al frente de una partida de bandoleros reforzada por varios sediciosos, apodéranse de la ciudad de Qui-Nhou. En la bandera que les guiaba al combate leíase: *Tay-Son*, montañeses del Oeste, y este nombre fué el que sirvió para designar á los jefes y sus partidarios, y con el cual es conocida esta guerra civil.

Deseando librarse de la tiranía del regente y vencer á los Tay-Son, los mandarines de la Cochinchina pidieron socorrer al rey del Tonkin y al Chua, Trinh-Sum, cuyo poder excedía al del soberano. Este hecho despertó ambiciosas esperanzas, pues hacía más de un siglo que los Trinh buscaban el momento oportuno para extender su dominación en Conchinchina, aniquilando el poder de los Nguyen. Un ejército tonkino marchó contra Hué fingiéndose aliado de los Dué-Tong, pero en realidad deseando conquistar el país.

Fué derrotado, y los Tay-Son, alentados por sus repetidas victorias, invadieron el Tonkin, y al mando de Hué se apoderaron de Hanoi.

Su jefe procuró captarse las simpatías del Gobierno chino, que al llamamiento del rey de Tonkin contestó alegando un muy hipotético derecho de sucesión: dió gruesas sumas al virrey de Yunnan, quien testificando los rectos fines que perseguían los rebeldes, envió ricos presentes á la corte de Pekín, la cual reconoció los derechos de aquéllos. El oro allanó las mayores dificultades: es este metal un agente muy superior á los mejores diplomáticos.

El emperador de la China declaró que el fracaso de Lé-Chieu-Thong, la pérdida del cetro real y las cartas de investidura era prueba evidente de que el cielo se pronunciaba contra la familia Le, la cual nunca volvería á reinar.

Los acontecimientos confirmaron las palabras del emperador: la dinastía de los Le extinguióse sin reconquistar el trono: había durado 361 años y dado 27 reyes al Anam.

Reinando uno de los representantes de esta dinastía, Le-Than, implantóse definitivamente el Cristianismo en la Indo-China Oriental. Desde entonces fué unas veces favorablemente acogido, proscrito otras, pero nunca reconocido, y mucho menos protegido oficialmente; pero sería injusto achacar la responsabilidad de estos hechos á los Le, pues en esta época absorbían todo su poder los Nguyen en Cochinchina y los Trinh en el Tonkin.

Fuerte, rigurosa en sus primeros tiempos, fué esta raza afeminándose paulatinamente hasta dejarse dominar: perdido su poder y prestigio, era el destierro su única esperanza. Esta es casi siempre la suerte de las dinastías decadentes: el pueblo que las admiró durante el tiempo de su grandeza, parece no puede soportar sus infortunios: parece que para entregarse en brazos del sueño de la muerte, que las borrarán de la escena del mundo, necesitan alejarse del que fué teatro de su gloria, y esconderse en las tristes soledades de una tierra que no es la tierra patria. Dios para único consuelo humano concédeles morir envueltos en los ricos pliegues del regio manto, recuerdo de tiempos mejores, que les presentan algunos pocos servidores fieles que con ellos compartieron los infortunios y el dolor.

Durante esta guerra, antes que los Tay-Son conquistaran Hanoi y de la caída de la dinastía de los Le, el P. Jacinto Castañeda, dominico español, y el P. Vicente Liem, dominico hijo del Tonkin, enriquecen con su glorioso martirio los anales de la Iglesia en el Tonkin.

El día 5 de Agosto del año 1773 salía de su casa el P. Jacinto Castañeda, encaminándose á visitar un pobre enfermo, cuando fué conocido por un infiel, que lo denunció é hizo aprisionar. El mandarín encargado de la causa contentóse en un principio exigiendo un fuerte rescate, y encerrando al prisionero en una caja mandó lo expusieran á los rigores del ardiente sol. Valiéndose de este medio confiaba arrancar de los cristianos una crecida cantidad. Sea que el P. Castañeda se opusiera á ello, sea que no quisieran excitar la codicia de los perseguidores, el caso fué que nadie se presentó.

¡Sin dinero no hay justicia! El mandarín persiguió á los cristianos, realizó activas pesquisas, y el 3 de Octubre aprisionó al dominico tonkinés P. Vicente Liem: acto seguido enteró de todo esto al Rey, afirmando que los misioneros eran los jefes de los rebeldes.

La calumnia produjo su efecto: el Rey ardiendo en ira, mandó le presentasen los culpables.

El 27 de Octubre ambos misioneros, encerrados en dos cajas, fueron trasladados á la corte y decapitados á los pocos días después.

Nuevas flores debía enriquecer la sangrienta corona de la Iglesia del Tonkin.

Los Tay-Son, que en un principio no molestaban á los cristianos, cambiaron de conducta.

El 28 de Agosto fué asesinado el sacerdote indígena P. Juan Dat.

Púsose precio á la cabeza de los misioneros, tasándolas en cien *ligaturas*. El P. Vinh salvóse encondiéndose en los bosques que rodean Ké-Bang: algunos pa-

ganos, al verle solo y abandonado, se compadecieron acogiéndole en su casa, hasta que los cristianos pudieran ofrecerle seguro asilo. El P. Tan refugióse en lo más espeso de una floresta que se extiende á media jornada de Huong-Phuong. El P. Chieu, el más anciano de los sacerdotes indígenas, fingiéndose médico pudo huir á Cochinchina, y el P. Hanh disfrazóse de viajante de arecas, pero desempeñó mal su papel, fué descubierto, y salvóse gracias á emprender precipitada fuga.

El P. Guerard cavó con las manos en las escarpadas vertientes de Xom-Che un pequeño hoyo, que aproximadamente medía cuatro piés de ancho por dos de largo, y cubriólo con sus vestidos atados á tres arbustos. Un joven que periódicamente iba á llevarle el arroz necesario para su sustento, era el único que conocía el asilo.

Lo apurado de su situación no hacía desesperar á los misioneros: antes al contrario, durante la misma, y á pesar de las gravísimas dificultades que debían superar, continuaron sus apostólicos trabajos.

El 22 de Diciembre del mismo año el Ilmo. Lamotte, vicario apostólico del Tonkin Oriental, salió de su escondite para dar órdenes, lo cual púsole en eminente peligro que felizmente pudo salvar. A pesar de las muchas precauciones adoptadas divulgóse el secreto. Los satélites, advertidos de la presencia del Obispo, lograron aprisionarlo. Atáronle las manos; sin embargo, el jefe de la banda al amenazar entregarlo á los mandarines, procuró insinuar que sus humanitarios sentimientos inducíanle á dejarlo en libertad siempre y cuando se le entregasen trescientas onzas de plata. Los cristianos del pueblo no poseían tan crecida suma, pero pidieron permiso, que les fué concedido, para hacer una colecta por las parroquias vecinas. Los soldados prometieron esperar el resultado de la misma, pero temiendo ser sorprendidos cambiaron de parecer, y emprendieron la marcha hacia el pretorio, llevándose los prisioneros.

«Durante el camino, dice el coadjutor del Obispo prisionero, los satélites impidieron se aproximase ningún hombre; pero cediendo á las reiteradas súplicas de las mujeres cristianas, permitiéronme descansar en una casa solitaria construida á orillas de un río. Esta casa pertenecía á dos neófitos que ofreciéronnos abundante comida, mientras el jefe de los satélites iba en busca de barca para pasar el río. El barquero, excelente cristiano, tuvo la feliz idea de echarla á pique.

«Poco después llegaban numerosas mujeres, que cogieron fuertemente á los tres satélites, al tiempo que muchos hombres armados de sendos palos, empezaban á hacerlos jugar sobre las espaldas de mis guardas. Estos, pensando sólo en salvar el pellejo, huyeron, dejándome en completa libertad: mi salida de la casa puede calificarse de triunfal: esperábame un palanquín que condujome á los montes, siendo despedido y acompañado por las entusiastas aclamaciones de los neófitos, que por excusados caminos salíanme al encuentro. Apoderáronse de cinco satélites, obligándoles á devolver cuanto me habían robado.

Los perjudicados pagan algunas veces la multa, lo mismo en Tonkin que en otras partes. No pudieron los cristianos eludir la entrega de una pequeña cantidad;

pero los satélites arrastraron tres meses las cadenas, y para salvar sus cabezas debieron satisfacer mil quinientas piastras.

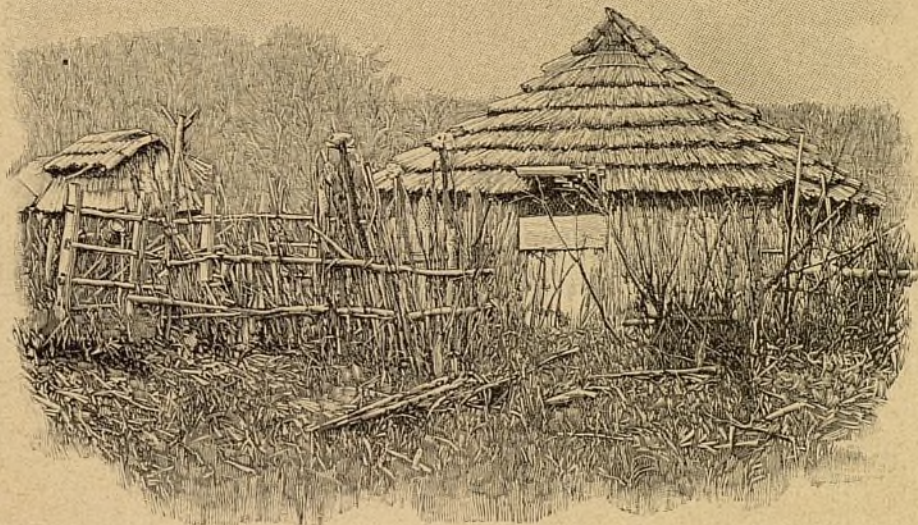
No fueron estos los únicos que debieron arrepentirse de haber osado detener los misioneros.

Unos piratas apoderáronse del Ilmo. Longer, y exigían para su rescate una fuerte suma, amenazando entregarlo á los mandarines si sus deseos no eran satisfechos. Sabedor el gobernador de la provincia de la prisión del Obispo, á quien él respetaba y quería, reunió una compañía de soldados cristianos, y les ordena salvarlo de manos de los piratas. Gustosos cumplieron la orden, y cayendo de improviso sobre ellos los vencieron, aprisionaron y lleváronlos encadenados ante el tribunal. El mandarín reprochó á los cautivos su conducta pirata, denunciólos al virrey como perturbadores de la pública tranquilidad, y después de retenerlos prisioneros

que los restantes buscaban sitio á propósito para un segundo desembarque. En tanto realizaban estas pesquisas, el P. Bissachère celebraba la Misa ofreciéndola al Señor por la perseverancia de los cristianos y por la conversión del pueblo infiel. Terminado el Santo Sacrificio dijo á los catequistas que le acompañaban:

«—Ved por qué lado suben los soldados, y cuando lo sepáis con toda seguridad huid por el opuesto. En cogiéndome á mí ya no buscarán nada más, y entonces vosotros recogeréis estos objetos del culto que escondo en este lugar y regresáis al continente, avisando en seguida á un sacerdote para que disfrazado de mendigo venga á darme la absolución al salir de un interrogatorio.»

Estas precauciones resultaron inútiles. Las tropas desembarcadas pronto renunciaron á la penosa subida, declarando que aquella montaña era inhabitable: los que permanecían en las naves víctimas del mareo y



JAPÓN.—Choza de ainos en la isla de Yezo. (Pág. 110)

neros algunas semanas, les mandó propinar fuerte paliza para que en lo sucesivo les volviera más prudentes aun con extranjeros proscritos.

Los sentimientos de todos los mandarines no eran iguales á los de este gobernador. El P. M. de la Bissachère habíase refugiado en un montañoso islote, distante de la costa cuatro horas de barca, y según creencia vulgar, morada del diablo. En ella, escribía dicho Padre, formé «sociedad con aves marinas y de rapiña:» cuidaban de proporcionarle el arroz necesario para su sustento dos pescadores que cada diez ó doce días le visitaban: siete meses permaneció en este asilo. Supieronlo los mandarines, y acto seguido enviaron diecisiete barcas, tripuladas por trescientos soldados, con orden de bloquear la isla, y mandaron al jefe del más próximo puerto de mar, que impidiera bajo pena de muerte la salida de ninguna embarcación. Una noche sombría algunas compañías desembarcaron, y fusil en mano dieron la vuelta á la isla y ensayaron la subida de la montaña erizada de rocas y de espinosos arbustos, mientras

atormentados por fuerte temporal, opinaron de idéntica manera. Furiosos por los sufrimientos y por el chasco fenomenal, los mandarines dirigiéronse contra el denunciador, que debió pasar un mes escondido. Cuando regresó los comerciantes pidiéronle indemnizara la pérdida que les ocasionó la prohibición de salir las naves del puerto, obligándole á satisfacer una crecida cantidad.

(Continuará).

VARIEDADES

TRADICIONES FILIPINAS

EL día 22 de Abril de 1565, daba fondo la armada española en la isla del Cebú, objeto de los afanes de Legazpi por las buenas referencias que de ella le dieron, y donde había casi determinado establecer su

gobierno para someter estas islas al dominio del católico y muy poderoso rey de España D. Felipe II, civilizándolas material y espiritualmente.

Algunos naturales salieron á la playa cuando avistaron los navíos, y otros muchos se veían aparecer entre los espesos bosques de palmares. Pacheco, hombre muy versado en el idioma malayo y por medio del cual se había entendido hasta entonces Legazpi con los naturales de las tierras que iba descubriendo, bajó á tierra con encargo de requerirlos de paz y manifestar las buenas intenciones que traían los de la escuadra.

Los indios que conversaron con el intérprete de Legazpi, hicieron unos cuantos ademanes hostiles y desaparecieron entre las espesuras de la selva, volviendo al poco rato acompañados de otros que debían ser de principal jerarquía, á juzgar por sus adornos y muestras de sumisión y respeto con que los trataban.

Pacheco dijo á los principales que su amo el general Legazpi, era enviado del poderoso Rey de Castilla para asentar paces con ellos y entablar comercio, y que no tuviesen recelo alguno, y avisaran á su reyezuelo, á quien Legazpi quería hacer algunos regalos en nombre de su amo.

Los principales contestaron que eran vasallos de Tupas, régulo de aquella extensa y rica comarca, el cual los enviaba para que pidieran al general de la armada que no mandase disparar la artillería porque no se asustara y pusiera en recelo á su pueblo, y prometieron que iría á entrevistarse con él al día siguiente.

Pero llegó el día siguiente y Tupas no se dignó aparecer, y como Legazpi viera en la playa y entre los bosques multitud de indios que tan pronto aparecían como se ocultaban, armados de lanzas y flechas y en aptitudes nada tranquilizadoras, creyó llegado el momento de castigar la arrogancia de aquellas tribus, que más parecían manadas de fieras que conjunto de hombres, ya que no querían avenirse á sus razones y amistosos procedimientos; pero antes de resolverse á la lucha mandó que el intérprete gritase á los de la playa requiriendo á Tupas, y concediéndole dos horas para presentarse, previniéndole que de no hacerlo, al cabo de ellas bajarían á matarlos á todos.

Apenas acabó el intérprete de pronunciar estas palabras, cuando una gritería espantosa atronó el espacio y multitud de indios salieron á la playa, haciendo extrañas piruetas y contorsiones en son de guerra. Legazpi mandó hacer fuego, y aquella multitud que braveaba incitándoles á pelear desapareció como por encanto: un puñado de españoles saltaron á la playa despreciando sus vidas que no iban muy seguras desembarcando en tierra desconocida, habitada por miles de hombres en estado de completo salvajismo y ya en hostilidad declarada. A puñados solamente podían pulverizarlos siendo tantos contra tan pocos, si no se hubiese tratado de aquellos intrépidos navegantes españoles que siempre salían venciendo por su Dios y por su Rey.

A nadie hallaron en la playa, é internándose por la selva dieron vista al pueblo de Tupas. Los vecinos habían huido llevándose los objetos de más valor y prendiendo fuego á las casas, que eran á manera de chozas.

Entre los humeantes restos de una de ellas se encontró metida en caja de pino la imagen del Niño Jesús,

labrada en madera, hallazgo que asombró y regocijó á los españoles y mucho más el milagroso hecho de que este santo objeto fuese respetado por el fuego, siendo de material tan combustible.

Este encuentro acabó de resolver á Legazpi á establecerse allí y fundar la primera población civilizada y católica de tan apartadas tierras bajo la advocación de Jesús.

Sufriendo grandes trabajos y privaciones comenzaron á cortar maderas en el bosque y construirse viviendas, haciendo en primer término una modesta iglesia para guardar y venerar la sagrada Imagen.

Algunos indios aparecían de vez en cuando, aunque sin aproximarse, á observar lo que hacían los castellanos, y como Legazpi tenía dadas severas órdenes de que no se les molestase, fueron perdiendo el miedo y acortando las distancias hasta llegar un día á conversar con aquél, quien les regaló, encargándoles repetidas veces que avisaran á su principal, pues con ello habían de salir ganando todos. Así las cosas cuando un día llegó al campo de Legazpi cierto moro llamado Cid-Hamel, á vender bastimentos á los españoles, y como se le pagó bien, volvió muchas veces con gran regocijo de los nuestros, que veían resuelta de manera cómoda la cuestión de los víveres.

Era el moro muy servicial y de buen fondo, captóse el cariño de los españoles y muy especialmente el de Legazpi, que sostenía con él frecuentes conversaciones, en las que tomaba datos de la riqueza de aquella comarca y del carácter y modo de vivir de sus naturales.

Cid-Hamel, por su parte, convencido de la bondad y nobles intenciones de aquella brava gente castellana, les cobró verdadero afecto, y acabó por abandonar el campo de Tupas y establecerse en el de Legazpi, al que prometió trabajar para que aquél se presentase é hicieran ambos amistades.

Legazpi le dió unos regalos para Tupas, y entre ellos unos pendientes para la reina. El moro cumplió su promesa y convenció á Tupas de las buenas condiciones de los *castilas* y de su bondadoso trato, aconsejándole que fuera á verlos, que más cuenta le tendría hacer amistades con ellos que tenerlos por enemigos, pues eran tan valientes como justos y buenos.

Encontró Tupas muy en razón lo que Cid-Hamel le dijo, y en compañía de la reina y seguido de todos sus principales visitó á Legazpi, que los agasajó y regaló tanto que quedaron encantados de su trato y francamente declarados en su favor.

Tupas á su vez le hizo varios presentes, dándole también cinco mujeres, y entre ellas una sobrina suya, viuda y no mal parecida.

El hielo se había roto; el pueblo de Tupas ya tranquilo y confiado bajó del monte y se estableció en frente de Legazpi.

¡Surgió el contraste! A un lado el pueblo gentilico y ateo con sus ridículos agüeros y supersticiones, sus tiranías y bárbaros sacrificios, sus prácticas groseras y falsos ídolos; y en frente, bajo la cruz de la redención que extendía sus brazos para protegerlos, el pueblo cristiano despojado de creencias y profecías reñidas con la razón, el pueblo que predicaba el amor y la igualdad, que no adoraba caimanes ni pájaros, montes ni peñascos que no tenía *diuateras* ni *babailanas* que lo engañasen

con absurdas ceremonias, el pueblo que sólo rendía culto al verdadero Dios con prácticas espirituales y sencillas.

El P. Fr. Martín de Rada, aquel virtuosísimo y sabio sacerdote de imperecedera memoria, comenzó á predicar el Evangelio entre los indios, inculcando sus verdades en aquellas inteligencias embrutecidas cuando la ocasión era á propósito para que se las asimilasen, y despertando poco á poco sus almas á la luz de la fe y de la civilización: Tupas, que no tenía pelo de tonto, iba recibiendo la semilla cristiana, como tierra abonada que en breve ha de hacerla germinar, pero al mismo tiempo comprendía que tan pronto como desaparecieran de su pueblo las supersticiones y el culto de los ídolos, y toda la absurda y acomodaticia urdimbre de su organización religiosa y política, acabaría también su omnímodo poder, y quizá su pueblo obedeciera más al enviado de Dios que al régulo que lo esclavizaba.

Por eso se resistía Tupas á recibir los consejos del P. Rada, y por eso dificultaba y trataba de neutralizar sus predicaciones entre sus vasallos, si bien lo hacía de manera encubierta, pues no le era conveniente indisponerse de nuevo con los españoles, ni tampoco quería hacerlo, porque les había cobrado afición hasta el punto de que todos los días iba al campo de Legazpi, donde pasaba largos ratos de bichara; pero el P. Rada, que desde luego comprendió lo que pasaba por el ánimo de Tupas, arreciaba las predicaciones entre la gente de su pueblo, y estaba próximo el momento en que el reyezuelo no pudiera impedir la conversión. Cualquier acontecimiento, cualquier detalle podía ser como la gota de agua que la hace rebosar del vaso, y ese acontecimiento lo dispuso Dios para que aquella gente se arrojase sumisa y agradecida en los brazos de su cruz. Un indio viejo, esclavo de la sobrina de Tupas, que como ella estaba en el campo castellano, sintióse morir, y el P. Rada acudió presuroso á la salvación de aquel alma. Legazpi, por su parte, envió recado á Tupas, que se presentó al momento.

El sacerdote llevaba cerca de un cuarto de hora con el enfermo, cuando salió diciendo que éste pedía lleno de fe el bautismo para confesar y comulgar después, y entrar más tarde en la mansión de los justos.

Con gran solemnidad fué bautizado, y apenas hubo confesado y recibido á Dios, comenzaron á animarse sus facciones, á iluminarse su mirada vaga y mortecina. El asombro de Tupas y de todos los allí presentes era grande; el enfermo besó repetidas veces el crucifijo y se quedó dormido, con respiración uniforme y tranquila, no con aquella agitada y fatigosa que tenía antes de recibir el bautismo. Al día siguiente, el indio se levantó y anduvo por las calles completamente sano, llenando de supersticiosa admiración á todos los que lo veían.

Este milagroso hecho, que consta en las narraciones de aquella época, causó gran sensación en todos los indios; pero Tupas no se quería dar por vencido, y decía al P. Rada que si seguía predicando en su pueblo, éste se iba á remontar otra vez; que él quería hacerse cristiano, pero sin que su pueblo lo supiera, pues lo matarían. Nada de esto era cierto, como ya se dijo, y lo que Tupas temía era perder sus prerrogativas, porque desde el momento en que sus vasallos se convirtieran al Cristianismo y se civilizaran, vendrían abajo ciertas leyes

bárbaras que sólo convenían á los de arriba y no podría seguir mandando como antes cuanto le viniera en deseo, pues quedaría la ley de Dios que es igual para todos.

Así las cosas, cuando la sobrina de Tupas pidió también el bautismo, poniéndosele por nombre Isabel, y el maestro Andrea, calafate de la armada de Legazpi, á quien le gustaba la viuda y de ella obtenía correspondencia, pidió permiso al general para casarse, concesión que le fué hecha al momento con gran regocijo de todos.

Hiciéronse los preparativos para la celebración del matrimonio, á cuyo acto fueron invitados los indios principales, con Tupas y su mujer á la cabeza.

A todos se les explicó lo que era el matrimonio cristiano, unión eterna de dos almas y de dos vidas puestas cada una al servicio de la otra, no el enlace pasajero como el carnal deseo que lo formó.

Arrodillados los novios ante el ara sagrada, recibieron del grave sacerdote la bendición nupcial, y quedaron unidos para siempre con indisoluble lazo.

Desde aquel memorable día corre unida la sangre de españoles y bisayos.

Tupas había presenciado la santa ceremonia profundamente conmovido; en su semblante se veía la huella de un pensamiento que lo abrumaba; no habló con nadie, y se retiró de la fiesta antes que los demás.

Pero no fué á su casa ni á su pueblo; los centinelas de Legazpi le vieron sólo vagar, pararse de vez en cuando y fijar la mirada, ya en la tranquila superficie del mar, donde rielaba la luna formando plateada raya que ondulaba con el suave movimiento de las olas, ya en el cielo que en aquella noche era de un azul purísimo, en cuyo extenso manto brillaban como grandes luciérnagas innumerables estrellas que á Tupas le parecían ojos que le miraban atentamente. ¡Qué extraño era lo que le ocurría! No podía explicárselo; se internó más tarde por la selva; invocó á sus anitos, pero en su lugar se le aparecía la imagen del indio viejo, de aquel que había curado poco después de ser bautizado y le hablaba, con una voz dulce, de cosas que calmaban su agitación, le instaba á que le siguiera á un sitio lleno de delicias.

—¿Será verdad?... murmuraba Tupas. Si esos hombres blancos, muy superiores á mí, son enviados del que todo lo puede, ¡qué bien debe de estar en su país! Ellos han elevado á su altura nuestra raza con el casamiento de mi sobrina; ellos son buenos... ¿Será verdad?...

Y Tupas sentía algo nuevo, le parecía que no era el mismo; su pensamiento le llevaba rápidamente de deducción en deducción, con una lógica contundente. Era su alma que se le rebelaba, era que las sombras en que había estado envuelta se desvanecían, y comenzaba la rosada aurora de su vida.

Tupas rendido de tanto andar con algo de vértigo, cayó al suelo y quedóse dormido.

A la mañana siguiente el P. Herrera se encontró á la puerta de la iglesia un hombre tendido en el suelo, y vió con asombro que era Tupas.

—¡Tú aquí!

—Pues yo, contestó Tupas mirando á todas partes con sorpresa, no he venido; juraría que me quedé dormido en el bosque.



JAPÓN.—Aspecto de los jardines públicos de Hakodaté durante el invierno. (Pág. 107)

—Sí, dijo el P. Herrera, es Dios el que te ha traído. ¿No ves en esto la mano del cielo?

—Anoche me pasaron cosas muy raras. Quiero ser cristiano.

Tupas y su hijo recibieron el agua bautismal, apadrinados por el general Legazpi y por Juan de Salcedo respectivamente. A Tupas se le puso por nombre Felipe, en nombre del Rey de España y á su hijo el de Carlos. Los principales indios siguieron el ejemplo de sus amos, y después se verificó la solemne jura de vasallaje, en que Tupas reconoció por su rey al de España, pagándole tributo en agradecimiento al favor que les dispensaba.

Los indios vinieron á vivir con los españoles. Los dos pueblos se habían fundido en uno solo, en donde Legazpi estableció su primer gobierno, nombrando dos alcaldes ordinarios, seis regidores, un escribano y dos alguaciles, y dando al nuevo pueblo, con honores de villa, el nombre de Jesús.

Aquella población, llamada hoy Cebú, es la capital de la isla de su nombre, que bien puede enorgullecerse de haber sido la primera que recibió las auras purísimas de Getsemaní y el primer peldaño en que asentó su planta la civilización.

TORAL.

(De *La Voz Española*, diario que ve la luz pública en Manila, número del 20 de Septiembre de 1897).



Pateta, ó la Tienda del Diablo. — Mucho, muchísimo y muy bueno han escrito los publicistas católicos de nuestros tiempos contra el Liberalismo, pernicioso plaga que extiende su mortífero imperio por nuestra desquiciada sociedad; pero faltaba entre tan-

tos trabajos antiliberales uno de la índole del que nos ocupa, uno que considerando el Liberalismo *al natural, al vivo*, es decir, tal como lo vemos pulular y adquirir carta de naturaleza en nuestras costumbres, en nuestra manera de ser y de sentir, lo desenmascarase mostrando las fatales aberraciones y locuras y males sin cuento á que indefectiblemente conduce. Este es el notable trabajo que nos da hecho en el presente libro el ilustrado presbítero D. Vicente Meliá. Es *Pateta* obra curiosísima y amena, cuyos capítulos, fina sátira contra actuales costumbres, saboréanse con gusto y creciente interés. Vestido con las modernas galas con que las artes bellas enriquecen el libro, presenta la obra muy elegante aspecto, y son dignas de especial mención las numerosas ilustraciones debidas á un distinguido artista que oculta su nombre bajo el seudónimo *Fló*. Véndese en esta *Librería Católica*, en cuyos talleres se ha impreso, y en las principales del reino.

Obras jocosas de Quevedo. — Ha visitado nuestra Redacción el primer cuaderno de la nueva edición que de las obras del festivo escritor, uno de nuestros primeros ingenios, han comenzado á publicar los Sres. González y C.^ª, conocidos editores católicos de esta ciudad. Adornada con artísticas ilustraciones debidas al popular dibujante D. M. Durán, acompañada de acuarelas de don Eusebio Planas, la presente edición responde en absoluto á las exigencias de la época actual, en que ofrecen algún inconveniente ciertas libertades y crudezas de lenguaje apenas tolerables en los siglos XVI y XVII. En ella por medio de hábiles supresiones ó sustituciones, hechas habido consejo de varones sabios y prudentes, se han salvado tales obstáculos sin quitar al autor su genial y característica fisonomía. Su lectura es á la par amena é instructiva, y el publicarse con aprobación de la Autoridad eclesiástica nos excusa de toda recomendación. Suscríbese en esta *Librería y Tipografía Católica*, en la Casa editora y en las principales librerías de España y América.

Complacémonos en acusar recibo de una preciosa estampa del Sagrado Corazón de Jesús, copia directa de un notable cuadro moderno, editado con verdadero lujo y perfección por la *Librería y Tipografía Católica* (Pino, 5). La extremada baratura de su precio (3 ptas. ciento) hácela sumamente á propósito para el fin á que va destinada, esto es, ser distribuida en grande escala durante el próximo mes dedicado por la Iglesia católica á honrar de modo muy especial al Sagrado Corazón de Jesús.

C.

EL CRUZADO

Leyenda

POR FRANCISCO HERNANDO

(Continuación)

«¡Adelante!» gritó el Conde, y seguido de quince hombres que le quedaban continuó su marcha hasta llegar á las habitaciones de la Baronesa.

Desde el primer momento del ataque ésta, que se encontraba levantada y vestida, pues acababa de despedir á Luis, corrió á la habitación de sus hijos, hizo vestir á las criadas, mandó que sacasen á los niños de la cama y acudió á la puerta principal, para dar ánimo á los que la defendían. No sospechó siquiera lo que ocurría á su espalda, porque Luis por no perder tiempo en socorrer á Roldán, no quiso decirle nada; así que de repente se encontró con el Conde y sus acompañantes, que al no hallarla en su cuarto siguieron hasta la puerta.

—Sois mi prisionera, señora, exclamó el Conde.

—¡Oh! matadme, matadme, si os place, dijo Inés con dignidad, pero salvad á mis hijos y respetad la vida de mis servidores.

—Ni vos, ni vuestros hijos, ni vuestros vasallos serán molestados por los míos si cesan de resistirme.

—Basta de sangre, dijo Inés, dirigiéndose á los pocos criados que á su alrededor estaban; abrid la puerta, y que entren nuestros vencedores.

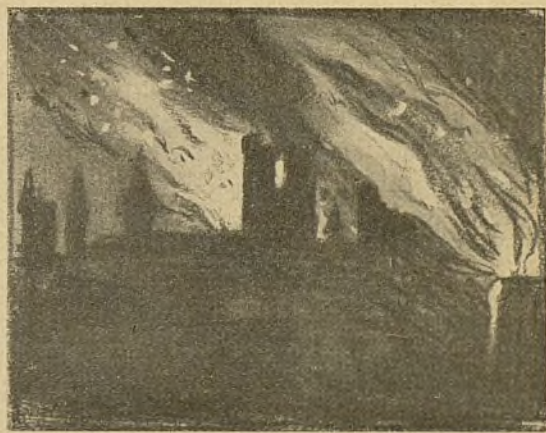
Esta última orden no era necesaria, que ya algunos de los que con el Conde habían llegado por la poterna se habían apresurado á abrir la puerta principal y á dar entrada á los que tan infructuosamente la habían combatido hasta entonces. Venían éstos irridadísimos y coléricos, pues de ciento que eran habían muerto veinte y sido heridos otros tantos; así que lo querían arrasar todo y pasar á cuchillo á los defensores, y además saquear el castillo. Desparramáronse por las habitaciones, llevando casi todos antorchas encendidas, y el Conde, dejando á la Baronesa y gente que la rodeaba, con algunas

guardias, corrió á poner orden á los demás. En aquel momento una doncella, trayendo en brazos á María, la hija de la Baronesa, vino angustiada donde ésta se hallaba, exclamando: «¡Señora, señora, han dado fuego á la habitación!»

—¿Y mi hijo? gritó la Baronesa.

—Juana le tiene, dijo la doncella; pero será difícil que pueda pasar por entre el fuego y las espadas de los soldados.

Cayó Inés desmayada al recibir tan infausta nueva, y cuando recobró el sentido hallóse sobre un caballo, sostenida por un guerrero, al que seguían otros varios, todos los cuales marchaban apresuradamente. Volvió la vista atrás, y allá á lo lejos vió envuelto en llamas el castillo de Beaumont.



—¿Y mi hijo? exclamó, ¿dónde está mi hijo? Y al mismo tiempo hizo un violento esfuerzo para bajarse del caballo, pero notó que fuertes ligaduras la impedían moverse. El soldado que la conducía la dijo: «Callad, señora, porque si gritáis tengo orden de taparos la boca;» y continuó la marcha, sin que la pobre madre tuviera siquiera el consuelo de quejarse.

Durante su desmayo el conde de Thiercy,

viendo que el incendio tomaba proporciones formidables y que no era cosa de apagarle, cuando los vecinos del pueblo empezaban á acudir al rumor hizo salir á su gente, reunirse con la que había quedado para cuidar los caballos, é impedir la comunicación del castillo con el pueblo, y mandando que llevasen á la grupa á la Baronesa, á su hija y á algunos prisioneros, echó á andar hacia su castillo.

Antes, sin embargo, recorrió todas las habitaciones del de Beaumont donde aún no había entrado el fuego, para ver si encontraba al hijo de los Barones; pero como no le halló en ninguna, retrocedió al llegar á las que eran presa de las llamas, exclamando: «El heredero ha perecido; ya no hay ningún Beaumont que me haga guerra.»

Y el señor Conde, pasando sobre la sangre y ruinas que su enojo había causado, montó á caballo, y con su gente se volvió hacia sus tierras, muy satisfecho del éxito de la expedición.



VII.

o era la situación del ejército de los cruzados por aquel tiempo nada favorable, aunque no habían perecido en Antioquía, como se decía. Hallábanse encerrados en dicha plaza, sitiados por innumerables hordas mahometanas, pasando hambre y privaciones, y, lo que peor era, divididos y sin ánimos para combatir.

Ni los jefes eran obedecidos como debían, ni los soldados tenían la fe con que salieron de sus casas. Tres años de guerra, pasados la mayor parte en la inacción ó en luchas y discordias intestinas que fomentaban la mala fe de los griegos, habían puesto al brillante ejército á punto de perecer. Los capitanes reñían entre sí, la inmoralidad cundía, los desórdenes eran frecuentes, y ni el clero ni los jefes sinceramente piadosos tenían prestigio para sacar al ejército de la postración en que se encontraba. Sólo el peligro común, sólo algunos restos de instinto de conservación mantenían unidos hasta cierto punto á los cruzados, quienes por lo mismo veíanse obligados á permanecer á la defensiva, sin pensar siquiera en acometer á los sitiadores y abrirse paso con su espada.

Parecía que habían olvidado por completo el objetivo de su expedición, y que aunque salieran de Antioquía jamás pensarían en llegar á Jerusalén. Apretaban los musulmanes el sitio con la esperanza de coger junto al grueso del ejército cristiano, y como nadie los molestaba, iban destruyendo los muros de Antioquía y tenían ya por segura la toma de la plaza.

Los mismos jefes cristianos comprendían que estaban perdidos; apenas tenían ánimo, y si combatían era sólo para prolongar la resistencia ó para vender caras sus vidas, pero sin tener ninguna esperanza de triunfo. Entre los pocos que no se desanimaban ante tan triste situación



figuraba Juan de Beaumont, quien en aquellos críticos momentos era por su fe, por su denuedo y por su constancia el ejemplo de los cruzados.

Amigo de Godofredo, de Bohemundo, de Roberto, pero sobre todo del caballeresco Tancredo, iba de uno á otro, animándolos á todos, procurando calmar las rencillas, exhortándolos á la unión y predicándoles la necesidad que tenían de dejar todas las cuestiones personales para atender al bien común. No contento con esto, acudía con su gente á los puestos de mayor peligro, combatía con extraordinario denuedo y era el terror de los infieles, que de lejos conocían el estandarte rojo de Beaumont. Mas lo que distinguía al Barón era su fe en el auxilio de Dios, su completa confianza en que el Señor los libraría de todos aquellos males en que estaban como enredados. «¿No combatimos por su causa? decía á jefes y soldados, pues Él nos sacará de apuros y combatirá por nosotros, si nos enmendamos y arrepentimos de nuestros pecados. ¡Ánimo, ánimo, que cuantos más enemigos vengan sobre nosotros mayor será la gloria de Dios al vencerlos!»

Y los enemigos venían, en efecto, en tal número que cubrían los campos inmediatos, y daban terribles arremetidas á la ciudad, y ponían en tan grave apuro á los sitiados que humanamente podían considerarse perdidos. La voz y el ejemplo de Beaumont y de algunos que como él pensaban, perdíase en el vacío, y no cesaban las rencillas ni mejoraba el estado moral del ejército.

Entonces cuando ya todas las esperanzas humanas estaban perdidas, cuando se hallaban á punto de rendirse á Kerboga y habían empezado los tratos de capitulación, vinieron dos sucesos á cambiar por completo la faz de las cosas. Hallándose durmiendo un cruzado á la puerta de la iglesia, oyó á la Santísima Virgen que decía: «Mi Divino Hijo está indignadísimo con la mala conducta de los cruzados; pero consiente en darles la victoria si se enmiendan.» Corrió

la noticia de esta visión de boca en boca, despertó la fe de algunos, sacudió la indolencia de otros y empezó á producir una reacción saludable, cuando otro suceso milagroso vino á completarla. Un sacerdote tuvo revelación de que en Antioquía estaba enterrada la lanza con que San Longino abrió el costado é hirió el Divino Corazón de Nuestro Señor Jesucristo; y procediendo con otros varios á cavar en el sitio donde se le había dicho que estaba, encontró, en efecto, la santa lanza.

Dormía, que no estaba muerta, la fe de los cruzados; así que al descubrirse la preciosa reliquia y pasearla procesionalmente por entre sus filas



despertóse súbitamente con poderosa fuerza, y en un momento transformó al ejército. Lloraban todos de júbilo y alegría, abrazábanse en las calles, perdonábanse mutuamente las injurias, y sobre todo acudían á pedir á Dios perdón de sus pecados, confesando humildemente sus culpas. A los sentimientos piadosos que causó el hallazgo de la preciosa reliquia en aquellos terribles momentos, sucediéronse una confianza y un entusiasmo extraordinarios. «La victoria es nuestra, decían, no hay que dudarlo, porque la lanza de Cristo pondrá terror en nuestros enemigos.»

Impacientes por combatir, acordaron los jefes salir aquella misma noche contra los infieles, llevando la santa lanza y marchando en doce cuerpos, cada uno de los cuales se puso bajo la protección de uno de los Apóstoles. Salieron los cruzados más como en procesión que como en guerra, cayeron sobre los infieles, y sucedió lo que era natural, dada la fe con que habían emprendido la marcha, que Dios les concedió una victoria tan grande, tan completa, tan extraordinaria, que el ejército infiel pereció ó huyó en aquella noche y á la mañana siguiente. Antioquía se vió libre, y los cruzados completamente señores de sus inmediaciones.

El temor que se apoderó de los musulmanes que escaparon con vida fué tal, que á voz en grito proclamaban que no se podía con los cristianos, porque Dios combatía con ellos, lo que lógicamente llevó á muchos cientos á pedir el Bautismo, como puede verse en las historias de aquella memorable jornada (1).

No hay que decir que estos sucesos aumentaron la fe y esperanza de Beaumont, más que la de todos los otros capitanes. «¡Jerusalén es nuestra! exclamaba, ¡vamos á Jerusalén!» y lloraba de gozo al considerar lo que Dios había hecho por los suyos en Antioquía, y repetía á todos: «¡Qué bueno es Dios! ¡qué bueno es Dios!»

Bohemundo, hecho príncipe de Antioquía, quiso consolidar su Estado á costa de los demás jefes, para lo cual procuró entretenerlos en él; pero afortunadamente Tancredo, Raimundo y Roberto de Normandía, pensaban como Beaumont que no les convenía la inacción, y que para corresponder á los favores de Dios debían tomar la ofensiva, aprovechar la reacción religiosa que el descubrimiento de la santa lanza había causado, y marchar sobre Jerusalén. Venció este parecer, y marcharon en efecto, casi sin encontrar oposición, por la antigua Fenicia, á la Palestina, llegando así al cabo de más de tres años á pisar la Tierra Santa. El piadoso Tancredo enarboló en Belén la bandera de la Cruz á la misma hora en que el divino Jesús vino al mundo en aquel pequeño pueblo, y todos los cruzados adoraron reverentes los lugares santificados por la sagrada Familia.

Aquellos hombres poco antes tan duros, tan orgullosos, tan pendencieros, tan depravados, transfórmanse á medida que van entrando por la Tierra Santa, porque al fin y al cabo todos eran cristianos, todos habían oído desde su niñez ha-

blar á sus madres de Belén, de Nazaret, del Jordán, de aquellos sitios que pisaban, y al verlos brotaban en su mente mil recuerdos, acudían las lágrimas á sus ojos, ablandábanse sus duros corazones y se volvían contritos al Dios que con sus sudores y su sangre les había redimido en aquellos lugares que pisaban.



Pero el gran efecto moral para el ejército cruzado fué la vista de Jerusalén. En la mañana del 10 de Junio de 1099 el ejército cristiano desde las colinas de Emaús descubre la ciudad Santa, por cuya posesión había venido de Europa. Todos cayeron de rodillas al verla: jefes, capitanes y soldados besan la tierra, lloran de alegría, golpéanse el pecho, prorrumpen en gritos de júbilo, de piedad ó de arrepentimiento, abrázanse mutuamente, y dan tales ejemplos de fe, de esperanza y de caridad que asombran. Ante Jerusalén caen odios inveterados que hasta allí habían resistido; dos de los principales jefes de los cruzados, que tenían entre sí enemistad manifiesta, se reconcilian, se piden perdón y se hacen amigos, con lo que dan grato ejemplo á los que antes escandalizaban.

Crece el valor, auméntase el ánimo á la vista de las murallas, y resuelven todos no separarse de allí hasta tomarlas. Jerusalén estaba muy fortificado, encerraba sesenta mil guerreros mandados por el valeroso emir Ifficaren, mientras que los cruzados no llegaban á cincuenta mil hombres, que estaban en tierra enemiga y tenían, además de sitiar á la plaza, que combatir con fuerzas exteriores y buscarse la subsistencia. La empresa era difícil; por lo menos parecía larga, pero los cruzados no se arredran y, seguros de la victoria, asientan su campamento á la vista de Jerusalén y empiezan á cercarla por todas partes.

(Se continuará).

(1) Véase César Cautú, *Historia Universal*.

SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S. 2 ptas.
J. S. 2 »
Rdo. D. José Cendrós, Pbro. 5 »



PATETA Ó LA TIENDA DEL DIABLO

Precio: 2 pesetas

Véndese en la Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

OBRA NUEVA.

Agotadas en breve tiempo numerosas ediciones de este precioso devocionario, dedicado al glorioso Taumaturgo, conocido vulgarmente con el nombre de el Santo de los milagros, se está encuadernando la última que, nuevamente corregida y ordenada, estará en venta dentro pocos días al precio de 1 pta. ejemplar encuadernado en tela. Por correo, 10 cénts. más.

DEVOCIONARIO DE SAN ANTONIO

BIBLIOTECA LIGERA

para uso de todo el mundo, por D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.

Se han reimpreso los opúsculos agotados, y pueden pedirse los números que se deseen, ó colecciones completas, que constan de 100 libritos distintos.—PRECIOS: Un ejemplar 6 cénts.; docena, 50 cénts.; centenar, 4 ptas.; 500, 8'75 ptas.; mil, 35 ptas. Hállanse en venta en la Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona



FÁBRICA DE PIANOS DE COROMINAS Y RIERA

PIANOS de todas clases reconocidos como superiores.

Cambios y reparaciones de toda clase de pianos y armoniums.—Catálogo gratis.

PRINCESA, 45, BARCELONA



CASA FUNDADA EN 1850



ANTIGUA FABRICA DE TEJIDOS Y TALLER DE BORDADOS

PARA

ORNAMENTOS DE IGLESIA HIJOS DE MIGUEL GUSI

DESPACHO: CALL, N.º 6.—BARCELONA

Ornamentos confeccionados en todas clases.—Casullas bordadas en oro y sedas.

Albas, Sobrepellices, Roquetes, Amitos, Lavabos, Purificadores y Sabanillas para altar.—Cingulos, Fiadores, Borlas y Flecos en todas clases. Encajes en hilo y bordados en oro. Cintas para Amitos. Terciopelos, Rasos, Damascos, Imperiales, Tercianelas, Noblezas, Brocateles, Espolines, Moaré, Gros, Glacé, Lamas y telas plata, Tisúes en oro y plata para bordar, Merinos, Casimires, Anascotes, Estameñas para trajes talares, Cálices, Custodias, Candelabros y demás artículos de metal en todas sus calidades, Imágenes de talla en todas clases.

INCIENSO

AL USO DE ROMA Y JERUSALÉN
PARA LA IGLESIA,

DEL

DR. SASTRE Y MARQUÉS

Aprobado en el Congreso
católico de Sevilla de 1892.

Se vende en cajas de 1/2 y 4 kilo.

Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.

Vino de ostras del Dr. SASTRE Y MARQUÉS. Recetado por los más eminentes médicos contra la anemia, enfermedades nerviosas, de estómago y debilidad general.

Pastillas del Dr. MARQUÉS contra la tos. Probadlas y os convenceréis.

Dr. Sastre y Marqués

Hospital, 109. — Barcelona.

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Unica Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

SOLUCIÓN

de Fluoruro Fosfato de CAL SEGURA. Cura el Raquitismo, Debilidad general, Enfermedades de los Huesos, Tuberculosis en su primer período. Es muy útil su uso durante el embarazo.

VENTA FARMACIA SEGURA, BAÑOS NUEVOS, NÚM. 8

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona